

LA ESTATUA DEL ALADO



CAPÍTULO 1

Por Darth Averno

Nota del Autor

Otra vez frente la pantalla del pc.

La música (una de tantas) que me ha acompañado durante este viaje de literato amateur golpea con fuerza por los altavoces del monitor. Me insufla cierta energía.

Del mismo tipo que la energía que he empleado en crear cada línea. En revisar cada palabra. En plasmar ideas, limpias e impactantes en mi mente, retorcidas y violentas cuando se escribían. Obligándome a revisarlas una y otra, y otra, y otra vez. Haciéndome pensar en ellas, desgranarlas, deshacerlas y volverlas a construir.

Hasta que llegaba el momento de decir "*Bah, está bien... o ya se me ocurrirá otra cosa...*", y grababa el documento con la sensación de derrota cabalgando sobre las últimas notas de música. Y la pantalla se apagaba.

Y eso no ha sido lo peor.

Lo peor de todo es que, encima, me ha resultado divertido.

Agradecimientos

Estoy agradecido a todos aquellos que han participado en el hilo de éste Primer Capítulo en La Biblioteca Negra (www.labibliotecanegra.net). A todas esas palabras que, en mayor o menor medida, me han ayudado a continuar con esta tarea. No os nombraré, porque estáis en el hilo. No os nombraré, porque sabéis quienes sois.

Por otro lado, también muestro mi agradecimiento a Janus, por tener la idea de emplear éste formato, lo que quizá sea un éxito, o un fracaso. A Sir_Fincor, por demostrarme su gran valor humano, su imparable ilusión y sus casi enfermizas ganas de trabajar en éste proyecto (hemos realizado el Paso 1... ya sabes que el Paso 3 es "*Dominar el Mundo*"). Y, cómo no, a Capitán Ephatus, por sus constantes correcciones y por las horas y horas que hemos empleado discutiendo por detalles de trasfondo y códex por el Messenger (y que quede patente que *alguna vez* incluso te he hecho caso...).

Finalizo dándote las gracias a ti, lector. Espero que termines este relato que tienes entre manos. Y que disfrutes de él.

Al menos, yo lo he hecho.

Un saludo.

Balisto

El sargento veterano Balisto Dulay oteó el campo de batalla intentando asomar la mínima parte de su armadura de exterminador por encima de la semiderruida pared. En sus visores aparecieron varias señales de búsqueda, que se fueron apagando conforme terminaban su sondeo. El enemigo no se encontraba cerca, al menos en *teoría*. Las grises ruinas de la ciudad continuaban silenciosas, dejando pasar el viento, que dibujaba etéreas olas con el polvo de rocamiento y arrancaba silbidos fantasmagóricos conforme se filtraba por los muros derruidos, los techos quemados y las ventanas semiabiertas.

Mucho mejor confiar en los asépticos sensores de una armadura de Exterminador que en la propia intuición humana, pensó para sí mismo. La carnicería que había tenido lugar en aquella ciudad, tiempo atrás, todavía hacía vibrar el sentimiento humano que quedaba en los marines allí desplegados. El recuerdo del millón de almas sacrificadas al Caos creaba una presión casi tangible, lo cual podría llevar a un hombre a cometer un error. Y como bien sabía el veterano, un error, en la guerra, era *siempre* fatal.

El sargento se obligó a concentrarse de nuevo en la batalla. Obvió las oscuras manchas que salpicaban las paredes formando impíos símbolos y los huesos humanos dispersos y semienterrados. Avanzó unos metros y buscó un mejor parapeto, quedando de espaldas sobre los restos de unas altas columnas. Continuó durante unos segundos decidiendo su estrategia, mientras jugaba con la empuñadura de su bólter de asalto. Fue consciente en ese momento que sus labios se estaban moviendo silenciosamente recitando una antigua oración de agradecimiento a su servoarmadura. Una fervorosa manera de mantener los fantasmas aleja-

dos del objetivo de la misión, pensó sombríamente.

Sabía que la presión del entorno podría hacer mella en la moral de sus hombres. Debía actuar. No dudó en enviar un chasquido por el comunicador, haciendo que su escuadra de marines tácticos se centrara en él. Con unos simples movimientos de su puño de combate envió al hermano Vaneo a que tomara una posición detrás de una roca más avanzada. Este salió agazapado sin dudarle, cruzando el pesado cañón láser por debajo de su pecho y cargando el voluminoso generador, mientras los sonidos que emanaban de su respirador facial por el esfuerzo hacían que el sargento hiciese una mueca en el interior de su armadura.

Un instante más tarde, los hermanos Arquece, Eware y Niloson, armados con el sagrado bólter, eran enviados para que conquistaran posiciones cercanas al hermano con el arma láser. El color rojo de las servoarmaduras se veía apagado por la capa de polvo gris que se iba asentado sobre ellas, aunque el brillante verde de los visores impregnaba la apariencia de los Ángeles Sangrientos apostados de fría determinación.

El sargento Balisto, comandante de la Primera Escuadra de la Sexta Compañía de los Ángeles Sangrientos, contempló la estampa de sus hombres durante un instante. Sonrió al ser consciente de que finalmente sentía plena confianza en todos ellos. Los cinco novatos ya eran parte de Primera, y la seguridad que tenía el veterano en todo el equipo impediría fracasar en la misión. No importaba qué dificultades se encontraran a partir de ahora. El sargento había decidido el plan a seguir. Sus hombres estaban preparados. Y ahora dejarían que la rueda dentada del destino hiciera su movimiento, para que impulsara el resto del engranaje en la dirección que solo el mismo Emperador sabía.

Un nuevo chasquido por el comunicador, junto con un movimiento de cabeza, fielmente reproducido por su armadura de exterminador, acaparó la atención del veterano hermano Petrus. El interpelado levantó la cabeza y asintió levemente. El sargento tenía en muy alta estima a este veterano guerrero, el cual lo había acompañado desde el día que el sargento se había reincorporado al servicio en la Sexta Compañía.

Balisto lo veía como el más indicado para comandar la Primera Escuadra, en caso de que él cayera. Aunque sabía que el oscuro devenir del destino podía tener planes diferentes.

Levantó su puño de combate, y trazó un vago círculo en el aire, con el índice extendido, señalando primero una fundición abandonada que se encontraba a medio kilómetro, y luego una línea de avance imaginaria.

Petrus envió órdenes precisas a los otros cuatro marines, para crear el segundo grupo de combate. La Primera Escuadra, la Calavera Negra, en honor a la banda que portaban sus componentes en la greba derecha, era la Escuadra de disparo por excelencia entre la Sexta Compañía. Y de entre ellos el sargento Balisto había seleccionado a los tiradores con destreza superior para constituir segundo grupo de combate. Se esperaba el resultado del encuentro, y la intuición de un par de siglos en el campo de batalla respaldaba su decisión. Él sería el señuelo. Petrus comandaría la guadaña.

El hermano Petrus avanzó rápidamente, seguido de los hermanos Bael, Melanius y Nuau. El hermano Alio salió levemente rezagado, mientras enfocaba su casco picudo hacia su antiquísimo rifle de plasma, rozando con el guantelete el condensador principal en un gesto automático. Balisto los vio alejarse tomando todas las precauciones necesarias para no ser descubiertos.

Entonces, debía dar paso a la siguiente parte del plan.

Se volvió a asomar en dirección al objetivo, dejando entrever lo mínimo posible de su amplia armadura entre los escombros y ruinas, tal y como había hecho anteriormente. Tras unos instantes, las lecturas de los sensores volvieron a arrojar un resultado totalmente negativo. Lanzó de nuevo todas las rutinas de búsqueda de enemigos, mientras paseaba su visión por el tramo de asfalto que se extendía ante sí, lleno de socavones y cráteres, guardado por los fantasmas de góticos edificios de un pasado muy lejano. Armas de bombardeo orbital habían retorcido y desgarrado toda la belleza de esa ciudad, dejándola como un triste mausoleo profanado por los Traidores. Cuando todos los sistemas volvieron al estado

de espera, centró su atención en la plaza del fondo, donde se alzaba la majestuosa estatua, en brillante marfil blanco, del Bendito Alado, rodeada de cenizas que anteriormente podrían haber sido setos decorativos.

El objetivo de la misión, sin duda. Parecía tan fácil conquistar la posición de la plaza y establecer un fuerte cerrojo defensivo, que le hacía paladear el desagradable sabor de una emboscada. Y esa sensación se reforzaba en su interior por encontrar el escenario tan preocupantemente vacío. El enemigo conocía cual era la meta de la Primera Escuadra, así que era muy improbable que no estuviera al acecho. Aunque el sargento ya no tenía opción. Las piezas estaban listas. Aun contando con la renombrada flexibilidad en combate de los marines tácticos, el camino por el cual había desarrollado su estrategia no le dejaba demasiada escapatoria si se había equivocado.

Balisto sintió un estremecimiento dentro de su armadura de Exterminador, conforme enviaba la orden de avance. La sensación del comienzo del combate le hacía tener que contener la creciente ansiedad. Después de los abnegados rezos, el violento despliegue en cápsula a las afueras de la ciudad, y el lento y tedioso avance durante horas por las calles muertas, acompañados de las almas sin descanso de los difuntos, todo iba a comenzar. Una desagradable sonrisa torcida le cruzó la cara mientras su respiración se aceleraba inconscientemente.

Sus hombres armados con bólder avanzaron rápidamente, haciendo cambios fugaces entre parapetos, hasta llegar a una posición donde se cubrían eficientemente. Inmediatamente después progresó el hermano Vaneo, cargando su arma pesada, hasta llegar a una sección de tejado derruida, donde apoyó su cañón láser. Una parte de su improvisado soporte se desprendió, dejando que un chasquido volara por las calles abandonadas. El marine giró la cabeza en un contrito movimiento hacia Balisto. El esfuerzo lo hacía respirar fuertemente de nuevo.

El sargento conquistó rápidamente la posición al lado del tirador, moviéndose hábilmente en su voluminosa coraza. Revisó nuevamente el terreno que se extendía ante él. Absolutamente *nada*.

Pasó su bólder de asalto a su puño de combate, y posó su mano derecha sobre el hombro de su hermano de batalla.

La castigada faz de Vaneo continuaba escudriñando el impasible yelmo de exterminador. Decenas de tubos salían de su servoarmadura y se conectaban a un gran respirador que se incrustaba en la posición en la que debería tener la nariz y boca. El hueso y el metal asomaban en algunos puntos de su cráneo visible, donde la piel estaba agrietada y desprendida. Sudaba profusamente, lo que hacía que el polvo grisáceo se le pegase, restándole aún más humanidad.

Pero los ojos, negros como la capa de la muerte, se clavaban con un brillo desafiante en los verdes visores del sargento. El eterno ceño fruncido del tirador de láser estaba más tenso que de costumbre. Si el poco rostro humano que le quedaba hubiese podido expresar con mayor precisión, el mensaje hubiese sido un retador “Cuenta conmigo. No volveré a fallar”.

Balisto lo entendió plenamente. Sabía perfectamente lo que era ser degradado desde una Compañía de combate a una de reserva. Su propia armadura de exterminador era la mejor muestra de ello. Pero, aún así, si el excelente tirador no estaba a la altura, lo relevaría de la Calavera Negra. Aunque ese momento no había llegado. Aún no, al menos.

Su coraza la reprodujo el sonido de varios chasquidos provenientes del otro lado de la plaza, como una altiva declaración de guerra. Ahora ya podía fijar la posición enemiga. Levantó la mano del hombro de su interlocutor, y señaló con el dedo extendido a la plaza.

–Están ahí. –Aseveró por el intercomunicador. Su voz sonó áspera, debido al silencio mantenido durante las últimas horas. –Mantén la posición. Dispara a mi orden.

–¿Piensa actuar como la última vez, Sargento? –Respondió Vaneo con voz robótica.

Balisto volvió a empuñar su bólder de asalto en su diestra. Lo amartilló deliberadamente. El seco chasquido se unió al constante silbido de la ciudad de los muertos, creando una nota más, una nota *diferente*, al

lamento que llevaban escuchando durante toda la misión.

Inmediatamente se unieron los chasquidos de las servoarmaduras de su grupo de cuatro marines, pasando a nivel de combate, aumentando la capacidad de movimiento entre pequeñas nubes de vapor, y el intencionado amartillamiento de tres bólter más. El cañón láser zumbó a su lado, preparándose para la descarga.

El leve eco que el ruido simultáneo había creado se deshizo rápidamente, dejando la aceptación del duelo en el aire. El sargento Balisto *sabía* que estaban listos para comenzar.

-Pero *esta vez* serán ellos los que mueran. –Sentenció mientras en su visor se iluminaban todas las señales de alarma.

Morton

El sargento veterano Morton Leen refrenaba a duras penas su ansia por entrar en combate. Mascullando oraciones mecánicamente, se repetía una y otra vez que tenía el objetivo de la misión en la palma de la mano. Aunque la imperante sensación de que podría aplastar a su adversario le urgía a olvidarse de todo y lanzarse a la carga. Su pistola bólter continuaba enfundada, mientras jugaba con los dientes sierra de su espada, arrancando chispas cuando los golpeaba con el guantelete.

Escudriñó a sus tropas lenta y deliberadamente. Intentó registrar todos los detalles posibles. El gran cráter donde se encontraban, justo al lado de la plaza del objetivo. Los escombros levantados que habían creado magníficas trincheras para soportar un asedio. Los nueve hombres que estaban situados en posiciones inmejorables para destruir a cualquier enemigo si dejaban hablar las armas de un modo síncrono.

Notó cómo la sangre le hervía mientras se lamentaba de lo impropio de que Ángeles Sangrientos tuviesen que esperar confiando en sus armas de fuego. Qué absurdo el tener que estar atrincherados para intercambiar disparos, en vez de entrar en el honroso combate a cuerpo a cuerpo.

La victoria estaba en la palma de su mano, se repetía constantemente. Pero no tendría valor real. No para él, al menos. Las órdenes eran claras, pero en el campo de batalla todo cambiaba. Conseguir una posición no era más que estar quieto esperando ser emboscado, o emboscar al enemigo. Notaba cómo no podía evitar que temblara su espada sierra mientras seguía escupiendo rezos sin separar los dientes.

La auténtica gloria estaba en la destrucción más allá de cualquier límite del enemigo. Su aniquilación total y definitiva. Su erradicación hasta el mínimo elemento. Eliminación de su cuerpo, su alma, sus recuerdos, su paso por la galaxia. Hacer que nunca hubiese existido.

Además, notaba como su sentimiento era compartido por el resto de componentes de su grupo. Sentía como, apostados entre los escombros y los cascotes, sus Ángeles Sangrientos deseaban que el enemigo se acercara para dar rienda a su objetivo en este Universo: traer la muerte desde las estrellas.

La Segunda Escuadra de la Sexta Compañía, la Calavera Azul, nunca se limitaría a una deshonrosa defensa, aunque fuese de una estatua de su mismísimo Primarca. Ser la escuadra táctica más fiera de la Sexta Compañía le confería el divino deber de aplastar a cualquier enemigo, fuese la situación que fuese.

Escuchó el chasquido. Lejano pero totalmente reconocible sobre el eterno lamento de la ciudad caída. El enemigo estaba ahí. Miró a su tirador láser, establemente apoyado sobre una sólida barricada. Rodilla clavada en tierra. Sin mover un músculo. Pero aún así sediento por entrar en combate, el sargento lo sabía.

Se pasó una mano enguantada por el rostro, casi convertido en un cráneo de metal debido a las múltiples heridas que había recibido en su larga vida. Sintió el aroma y el sabor de la tierra gris de esa ciudad. Una ciudad maldita en un planeta muerto. El mejor lugar para abrir la tumba a sus enemigos.

Finalmente su combate interno llegó a su conclusión. El sargento veterano se había decidido, mientras una fiera sonrisa recorría su rostro. Destruiría a su enemigo. Aplastaría a su contrincante de un modo inapelable. Era su *deber*, por su honor mancillado, el de volver a humillar a su adversario más allá de la simple derrota o la justa redención de la muerte.

Levantó una mano. Notó como los visores de sus hombres, salvo el del tirador láser, se volvían como activados por un resorte hacia su guante

carmesí. Lo habían estado esperando. El ávido espectro de la ansiedad se había filtrado en las venas de todos ellos durante los últimos instantes. La ira del legado de Sanguinius clamaba ser desatada.

El sargento saboreaba esos momentos con auténtico deleite. La sensación compartida de la víspera del combate. La aceleración del pulso, el aumento de la percepción sensorial, la ardiente presión en el pecho. La imparable conversión de un *simple* marine espacial a un depredador del campo de batalla.

Conteniendo heroicamente la necesidad de incluirse en el primer grupo de combate, seleccionó a cinco de sus hombres. Asignó el liderato al Hermano Nuctus. Mantuvo a su lado al marine Aramio, desconfiando de su falta de sigilo ante un asalto inminente.

Los cinco elegidos abandonaron sus posiciones y formaron ante el sargento. Éste tocó con dos dedos su espada sierra, para luego arrastrarlos en un lento gesto bajo su cuello. Su rostro mostraba una mueca depredadora y sus dientes apretados continuaban convirtiendo fervorosas oraciones en meros jadeos furibundos.

Los cinco astartes asintieron de un modo automático, entendiendo el mensaje. Blandieron sus espadas sierra y las cruzaron sobre su pecho. Sabían que su sargento defendía el silencio en los últimos momentos antes de entrar en combate. Prefería que sus hombres destilaran su odio en profundas oraciones mudas, para rugir como demonios cuando llegase la anhelada colisión de las armas.

El sargento Morton Leen levantó su mano. Cerró el puño en el aire. Con un movimiento síncrono las cinco armas restallaron sobre los pechos de los marines, en un seco golpe con el reverso de las espadas.

El veterano líder sufrió un espasmo de anticipación al escuchar esta declaración de guerra. Soportó su creciente sed de sangre y, con la orgullosa pose tantas veces vista en los murales de los santuarios de Baal, indicó la ruta a seguir con su espada sierra a sus hombres. Hacia los fantasmagóricos edificios. Serían la mejor cobertura para el avance de los poderosos guerreros.

El segundo grupo de combate de la Segunda Escuadra de la Sexta Compañía de los Ángeles Sangrientos salió rápidamente por la zona señalada. Morton lo miró alejarse con una atroz sonrisa. Cuando el último generador dorsal de sus hombres desapareció entre las sombras, compuso de nuevo su rostro y se acercó al hermano Iland.

-Tú darás comienzo al ataque.

-Dispararé únicamente para baja segura. –Aseveró el tirador láser sin dejar de mirar por el visor de su arma.

-Por supuesto, hermano. –Morton escuchó una serie de chasquidos desde la posición enemiga. Tuvo que volver a contener su creciente sed de sangre. Finalmente la declaración de guerra había sido aceptada. El embriagador sabor del combate empezaría en breve. –Cuento con ello. –Siseó al marine.

Observó que la efigie de su adorado Primarca. De varios metros de alto, capturaba a su venerado Padre en posición relajada, con la espada clavada entre sus pies y sus manos apoyadas en ella. Dibujaba elegantes ropajes que se entreveían dentro de la capa que se mostraba ondeante sobre un viento imaginario. El bello rostro, de un blanco puro, le estaba mirando desde que habían arribado a la posición. Y *ahora* le parecía que sonreía aceptando su decisión. Morton le devolvió la salvaje sonrisa mientras el sonido del naciente combate apagaba el eterno lamento de la ciudad muerta.

Astronave

El Crucero de Asalto *Letanía de Sangre* se encontraba geostacionario sobre el planeta Sartos IV. Permanecía silencioso, danzando lentamente en el vacío espacial, como un peligroso titán dormido.

La enorme fortificación voladora, datando de la Era Oscura de la Tecnología, no era fácilmente identificable dentro de los Cruceros más comunes entre las naves de flota de los Marines Espaciales. Aunque su bloque principal tenía una forma ahusada, las bahías superpuestas y los amplios refractores exteriores, agresivamente afilados, confundían su forma creando una engañosa sensación de falta de movilidad.

Una de sus características más extremas era precisamente que su potencia de fuego era drásticamente menor en relación a otras naves de ese tamaño. Por el contrario, tanto su movilidad como su capacidad de absorción de daños superaban ampliamente a sus iguales. Tales exclusividades habían decantado la balanza a su favor en multitud de combates, cuando el enemigo había sido sorprendido al no poder abatir un rápido Crucero de amplia resistencia, mientras el armamento de la *Letanía de Sangre* lo convertía, bajo continuas ráfagas, en desechos espaciales.

El Crucero se revelaba como un orgulloso Hermano del Capítulo, con todos sus elementos exteriores, corroídos por los milenios de servicio, en diferentes tonalidades del color rojo. Además, sobre su liso bloque frontal, preparado para acometer abordajes y soporte principal del mortal cañón Redención, se distinguía un vasto símbolo de los Ángeles Sangrientos tallado en roca viva del planeta Baal.

Pero detrás del omnipresente color de la sangre, todo el armamento

medio y ligero reclamaba su atención, ennegrecido y castigado tanto por el uso como por el desgaste del vacío espacial.

Las robustas torretas se mostraban ordenadas lateralmente a lo largo de todo el perímetro de la nave, permitiendo así una visión de ataque casi total. Añadían una capacidad de destrucción altamente elevada en caso de justar lateralmente contra otras naves. Descansaban en posición predefinida, vigilando atentamente.

El armamento ligero lo componían las pequeñas y reforzadas cúpulas de platiacero abollado e irregular, que jalonaban las superficies planas. Permanecían selladas, conteniendo en su interior las baterías ligeras de descarga láser anti-caza. Tal armamento no dejaba ningún ángulo muerto en todo el perímetro de la nave. Incluso varias baterías solapaban su cobertura sobre los puntos más críticos del Crucero.

Por otro lado, la artillería pesada permanecía oculta. Los cañones de descarga orbital y los brutales torpederos se fijaban dentro del casco de la astronave. Gracias a su tecnología retráctil estaban salvaguardados detrás de gruesas planchas de diversos compendios de aleaciones entrelazadas, apareciendo tan sólo para realizar su atroz cometido.

Los góticos ornamentos de piedra, tanto arcos como columnas que rellenaban el resto del espacio libre, suponían un reparto de cargas y una cohesión mayor de las diferentes piezas de la nave. Permitían un mejor agarre entre las diferentes bahías de despliegue, además de constituir la primera piel que debería superar el ataque enemigo. Las luces de posición, tanto sobre cubierta como sobre la multitud de antenas y sensores que se erizaban en el casco de la fragata, yacían totalmente apagadas. Correteaban entre los millones de pequeños símbolos Imperiales y de los Ángeles Sangrientos que salpicaban la nave, mezclados con la escritura de todas las letanías que había utilizado el Capítulo durante los diez mil años de su existencia, perdiéndose en los recovecos oxidados y se fragmentándose en la piedra tallada.

Finalmente, en la parte trasera de la Astronave, los gigantescos escapes de tanto los motores convencionales como su versión para la navega-

ción por la disformidad aglutinaban polvo espacial, creando un escamoso relieve, mientras se enfriaban paulatinamente.

Y aunque el planeta proseguía indolentemente su traslación, la nave de los Astartes permanecía fijada en su órbita. Si bien la luz del astro sobre el cual giraba había empezado a incidir directamente sobre ella, y arrancaba los primeros brillos carmesí, la *Letanía de Sangre* no destacaba sobre el resto de basura espacial que circundaba el saqueado mundo colmena.

Dormida.

Mentira.

Acechante.



Observación

El amplio puente de mando de la Letanía de Sangre se encontraba siempre en penumbra. La verdosa luz de la multitud de pantallas que llenaban la instalación era el único foco luminoso de la estancia. Decenas de servidores recorrían la sala, trabajando sobre el incesante flujo de datos que recibían de los monitores. Conectaban sistemáticamente sus cuerpos ya tan alejados de la humanidad a cualquiera de los innumerables dispositivos que se encontraban dispersos. Los datos que mostraban las pantallas cambiaban constantemente, tanto listas interminables de números, símbolos y runas ininteligibles, o gráficos fluctuantes, los cuales eran interpretados por los servidores para desarrollar su sincronizada danza con matemática precisión.

Unos pocos metros por detrás de ellos, rodeado por un amplio mostrador repleto de pantallas y resúmenes de los datos trabajados, llamado Círculo de Control, se encontraba aquel al que llamaban “Señor Bendon”.

El Señor Bendon era el oficial encargado de transmitir las órdenes y conseguir que el gigantesco Crucero funcionara como una máquina perfectamente engrasada, puesto definido como Señor de la Nave. Permanecía total y absolutamente concentrado en la información que aparecía de modo incesante. Vestía un impoluto uniforme carmesí de campaña, decorado con detalles dorados en los hombros y en el cuello, símbolos de su especial rango. Aun siendo un hombre de mediana edad, su rostro se mostraba pálido y arrugado. Aunque era de cabello moreno, el color había perdido ya su intensidad, cambiando a un color entre gris y blanco. Permanecía de pie, con las manos cruzadas en la espalda. Emanando una tranquila autoridad.

Al igual que muchos otros aspirantes a convertirse en un Adeptus Astartes, había fracasado en un punto avanzado de su prueba de iniciación. Pero aunque no era un marine espacial en el sentido estricto, era un Ángel Sangriento en esencia. Era totalmente humano, como los cientos de hermanos que se encargaban del resto de honrosas tareas del Capítulo. Pero el Señor Bendon había demostrado una capacidad brillante en todos los campos necesarios para poder convertirse en el Señor de la Nave. Hombres como él eran necesarios para no malgastar a un valioso Adeptus Astartes en tareas que no fuesen directamente bélicas.

Por detrás del Círculo de Control, a cierta distancia, se encontraba la Mesa de Mando. Una gigantesca estructura redonda de brillante plásticero en el centro del puente, rematada con detalles en piedra negra pulida. Mientras toda su superficie emitía un leve resplandor, los datos principales se mostraban mediante pantallas holográficas, que titilaban en el aire, revelando la información más importante a la cúpula de la fuerza de Ángeles Sangrientos.

El Capitán de la Sexta Compañía, Lariel Heat, se encontraba sentado en el Trono de Mando, en el centro neurálgico de la nave. En su omnipotente posición dominaba todo el puente de mando. Se hallaba acomodado en la poderosa estructura de piedra repleta de decoraciones leales, desde letanías de odio a recuerdos a camaradas caídos. Frases y sellos de pureza expiaban el mal de su ocupante, y le intentaban guiar entre sabios susurros con la experiencia de los miles de años que había servido el Trono de Mando a decenas de Capitanes de los Ángeles Sangrientos.

Éste Trono principal estaba finalmente flanqueado por otros dos tronos más pequeños, cerrando la "T" que formaba la zona más atrasada del Puente de Mando. Estos eran para el Navegante y el Astrópata del Crucero de Asalto. Firmemente anclados a sus asientos, conectados por una infinidad de incomprensibles y barrocos dispositivos, ambos individuos descansaban en un estado de semitrance, hasta que se recuperasen de las pesadillas que habían vivido durante el viaje a través del inmaterium. Envueltos en su controlada locura psíquica, eran parte

viviente del sentir de la nave. Piezas esenciales, cuyo fallo o error podía eliminar a todos los componentes de la Compañía en la maldición de la Disformidad.

El puesto del dirigente de la Sexta Compañía estaba finalmente culminado con el símbolo de las Alas de sangre, las cuales mostraban orgullosas un par de brillantes gemas amarillas, emblema de la Sexta Compañía, que reflejaban la poca luz ambiental como si dispusiesen de un inextinguible fuego interior. Exactamente igual que los ojos del Capitán.

Arrebujado en su negra capa, con su reluciente servoarmadura engañosamente oscura, mantenía las manos cruzadas haciendo de puente bajo sus ojos, azules como zafiros. Permanecía totalmente concentrado en las holopantallas de la Mesa de Mando.

Alrededor de ella se encontraban los cuatro sillones para el resto de los dirigentes la Compañía.

En el primero estaba el Capellán Gorian Anderson. Embutido en su antigua coraza negra repleta de sellos de pureza y decoraciones en forma de calaveras. Su casco, simulando un terrorífico cráneo bajo un halo metálico reposaba a su lado, junto con su crozius arcanus, el poderoso báculo que empleaba como arma de combate cuerpo a cuerpo y símbolo de su rango. Su hombrera derecha destacaba espeluznantemente del resto de su armadura, con dos huesos cruzando por toda su superficie, soportando un gigantesco cráneo tallado directamente en ceramita, cuyas cuencas muertas habían presenciado una infinidad de combates, y un millar de Ángeles Sangrientos que habían sucumbido a la Imperfección.

Misteriosamente, gracias a los constantes cambios de la escasa iluminación, parecía que clavaba sus ojos vacíos en el Capitán.

Por su postura recostada en el sillón, y por los varios bostezos que había soltado del modo más llamativo posible, el Capitán Lariel Heat sabía que el Capellán se estaba aburriendo viendo las veinte holopantallas simultáneas, junto con los mapas de posicionamiento. Prestando más atención a su juego con la cadena que engarzaba el Rosarius carmesí, se

mantenía lo más odiosamente posible indiferente a su entorno.

El Guía de los Malditos dejaba vagar sus fieros ojos grises por los semiocultos pendones y estandartes que colgaban del techo del puente de mando, con imágenes heroicas de Sanguinius y el Emperador, con motivos de odio y venganza contra el xeno y el traidor, o con viejas y desgastadas letanías. Su rostro, brusco por sus fuertes pómulos y pobladas cejas, se mezclaba con los delicados rasgos de los hijos de Sanguinius, dándole simultáneamente un atrayente aspecto firme y espontáneo. Se mesaba la desaliñada barba canosa, o se retocaba la melena que recogía en una pulcra coleta sobre su nuca, con movimientos inconscientes. Cuando finalmente agotaba el resto de opciones, bostezaba o se revolvió en el amplio sillón, para clavar durante unos instantes una letárgica mirada en las pantallas.

El Capitán Lariel Heat no podía entender cómo un veterano de tantas guerras, un combatiente tan formidable, no sabía apreciar la tensa belleza del posicionamiento y la lenta progresión de las tropas. De la constante sensación de que el Infierno se desataría y debían estar preparados para repeler al enemigo, a aquello que amenazase la Humanidad y al Emperador.

El Capitán cesó su reflexión sobre el Capellán y centró su mirada en el siguiente sillón. Perteneciente al Bibliotecario Lartos Oniasen, aunque actualmente se encontraba vacío. Su ocupante debía estar en la Capilla, consagrándose con los impíos poderes de la disformidad. El Capitán Lariel Heat desdeñaba sistemáticamente a los psíquicos, considerándolos amenazas *reales*. Aún así, el “bueno” de Lartos era quizá el mejor psíquico con el que se había encontrado nunca. Afortunadamente para la convivencia entre hermanos, no padecía los terribles pecados del orgullo o la altivez tan comunes entre sus iguales. Bueno, Lariel aprobaba eso, aunque no lo redimía de poseer la incurable maldición de ser una puerta a las bestias de la disformidad.

Desvió su mirada y la posó en el curioso tándem que había en el otro extremo de la Mesa de Mando. Dos hermanos totalmente concentrados en las palpitantes imágenes holográficas ante sí, aunque con motivos

casi opuestos.

El taciturno Sacerdote Sangriento Sammael retorció elegantemente su muñeca derecha, con movimientos erráticos, haciendo que las pavorosas herramientas de sanación o redención de su Exanguinador aparecieran y desaparecieran fríamente en un silencioso baile. Se hallaba embutido en su voluminosa servoarmadura, la cual estaba repleta de elementos para su cometido médico, aunque ocultara gran parte de tales detalles bajo la blanca túnica de su sagrado cargo. Su rostro aguileño contaba con un constante color macilento. La prominente nariz aguileña, con el hueso fuertemente marcado, contrastaba con sus ojos hundidos en las cuencas. Los reflejos de la escasa luz del Puente de Mando hacían que tan sólo se vieses dos inquietantes reflejos donde el Sacerdote guiaba su mirada. Inquietantemente fríos y precisos.

Por otro lado, el locuaz Tecnomarine Marcus refulgía gracias a los reflejos que arrancaban el entramado de tubos, espoletas, planchas, engranajes y nervios metálicos que componían su modificada servoarmadura. No había ni un solo centímetro de piel expuesto. Diferentes tipos de visores se apilaban en su casco, emitiendo tenues resplandores verdes, rojos y azulados. Todos los componentes visibles, amontonados e irregularmente esparcidos, confluían hasta el centro de su torso, donde se hallaba el símbolo del cráneo sobre la rueda dentada, en un tramado blanco y negro alternado. El complejo y robusto servobrazo, que nacía desde su generador dorsal, se hallaba totalmente replegado.

Ambos Adeptus Astartes eran dos extremos de una misma Hermandad. La consagración a la curación, a la iluminación del alma y a la redención de la carne al lado de la adoración a la máquina, al metal y a la reparación de un modo casi herético. Mientras uno guiaba en oraciones a los hermanos en los rezos, con su sagrada armadura rematada con detalles en blanco puro, portando viales de poderosos líquidos y asegurando la continuidad del Capítulo, el otro alineaba las almas de las herramientas de destrucción, siendo él mismo un compacto conjunto de hueso, metal y sangre, salpicado de símbolos de adoración extrema al Dios Máquina, y permitiendo que el deber del Capítulo

fuese satisfecho.

Ambos devoraban la información de las pantallas en un auténtico estado de éxtasis. La belleza del combate, el lento avanzar de las tropas antes del grito de guerra que descargaba un relámpago por la espina dorsal de los hombres, el intercambio de disparos a campo abierto o bajo coberturas, la iracunda explosión del asalto o la fiera satisfacción del contraataque eran arrebatadores sentimientos que estaban profundamente tejidos en lo más profundo de sus almas. Habiendo nacido ambos humanos, habiendo sido ambos aceptados como Ángeles Sangrientos, y habiendo elegido caminos radicalmente distintos, se encontraban hermanados en el estado de tensa contemplación de los acontecimientos.

El Capitán Lariel Heat dio por terminado el examen a la cúpula de la fuerza de Ángeles Sangrientos, mientras se dejaba atrapar lentamente por las *sensaciones* que le mostraban la veintena de holopantallas, a la vez que desviaba mínimamente su mirada para continuar con las comprobaciones de los mapas de posiciones. Todas las piezas se estaban situando tal y como él había supuesto, consideró con una pizca de orgullo. Había tensado la situación al máximo, sin saber a ciencia cierta cuáles podrían ser las consecuencias. Pero *intuía* que esos hombres se dejarían hasta la última gota de su sangre en esa ciudad arrasada, porque ninguno de los contendientes consideraría ese enfrentamiento como un entrenamiento más. Un asomo de sonrisa cruzó su rostro mientras saboreaba el momento.

–La batalla va a comenzar. –Musitó casi para sí mismo, extasiado.

El Capellán Gorian, que tenía en ese momento el Rosarius en equilibrio sobre su nariz, levantó una ceja y se quedó mirando fijamente a un punto indefinido del gótico techo. El Capitán lo observó con su visión periférica. No le gustó en absoluto ver cómo aparecían los dientes del veterano poco a poco, en una cínica sonrisa.

- Si me disculpan, debo ausentarme un instante. –Dijo Gorian mientras se levantaba bruscamente, lanzándose como una exhalación hacia el portón de salida del puente de mando.

Pudo escuchar antes de que el acceso se sellara tras él el grito de su Capitán exigiéndole disciplina. Lo ignoró mientras su sonrisa mostraba todos sus dientes al Bibliotecario Lartos, al que casi había arrollado en su salida, y que se disponía a entrar en la sala en ese instante.

Combate

La voluminosa armadura de Exterminador se levantó desde la barricada y tomó puntería con su bólter de asalto, mientras el visor le indicaba que le estaban disparando. La experiencia adquirida le hizo dirigir el arma a una de las figuras, mientras emitía una brutal ráfaga que abatía al adversario parapetado.

Se dejó caer de nuevo contra la barricada, mientras seguía escuchando la simulación de ráfagas de bólter sobre él. Por la cadencia de los disparos y el desorden que estos tenían, sabía que había seleccionado su objetivo correctamente. Se permitió un momento de orgullo, aunque lo remitió de modo consciente. Aún así, sentía que había *equilibrado* la balanza.

Con gran esfuerzo, para poder mover la gigantesca armadura tras la barricada sin dejar puntos expuestos, se giró hacia al hermano Eware. Éste se agarraba la parte del abdomen de su servoarmadura con la mano izquierda, aunque aguantaba decididamente el pesado bólter con la diestra. Aunque no podía ver la expresión de su cara, oculta bajo el casco, el veterano supuso que el marine debía estar soportando un intenso dolor.

-Los hermanos Arquece y Niloson han caído, señor. –Continuó relatando entre jadeos el combatiente táctico. –Cayeron sobre nosotros rápidamente, desde las ruinas. Cinco unidades enemigas. Tan sólo yo pude alcanzar esta posición de repliegue cubriendo la retirada. Al hermano Arquece le dispararon con un rifle de fusión a quemarropa. El hermano Niloson recibió la carga enemiga y se enzarzó en combate. Deben de haber sufrido un par de bajas. –Aventuró esperanzadamente el Ángel Sangriento.

Entonces han sido tres bajas. –Contestó automáticamente Balisto. Le habían devuelto fuego tres enemigos desde el edificio. Y él había abatido a uno. Por lo que estaban *empate*. Tanto los hermanos Eware como Arquece habían ganado hacia poco el derecho de portar la sagrada servoarmadura, y éste era uno de sus primeros entrenamientos de simulación real. El hermano Niloson, de mayor experiencia, había soportado el ataque y había combatido cuerpo a cuerpo, probablemente aprovechando la cobertura y ganando cierta iniciativa en el enfrentamiento.

La falta de experiencia de Eware le había hecho seguir el manual de un modo poco práctico. Había replegado su posición para conseguir una colocación ventajosa y poder defender con mayor eficiencia a un oficial de mayor rango. Gracias a eso había conseguido estar tumbado al otro lado de la barricada, con un impacto en el abdomen y escasas posibilidades de ser útil antes de morir. Lo cual dejaría el conteo en dos unidades en cada bando.

–Tenemos a dos unidades enemigas hacia el Este. Necesitamos que allanes el camino Norte, tirador. –Ordenó el sargento por el intercomunicador al portador del arma láser, mientras observaba cómo el hermano Eware era víctima de otro doloroso espasmo.

–Imposible, señor. El enemigo dispone de otro tirador láser ubicado en mejor posición. No dispongo de posibilidad de movimiento y capacidad de disparo suficiente como para abatirlo. –Respondió Vaneo con su metálica voz. Se encontraba una veintena de metros detrás de la barricada, ignorando el combate que estaba librando el resto de su grupo y apuntando a lo largo de la avenida con su temible armamento.

No era fácil encontrar buenas noticias en el campo de batalla, pero era de necios no buscarlas. El sargento decidió su siguiente movimiento. Volvió a disparar una ráfaga por encima de la barricada. El enemigo contestó inmediatamente. Descargas de bólter. Perfecto. Los dos supervivientes continuaban ahí, aunque ninguno de ellos era el líder. Además, el portador del arma de fusión había caído, puesto que no devolvía fuego. Era la *mejor* noticia que tenía en ese momento.

- Hermano Eware, esta es tu posición a defender. Dispara ráfagas esporádicas para controlar al enemigo y asegurar que se mantiene en ese lugar. Si intentan cruzar la calle hasta esta posición, los abatirás inmediatamente, y *continuarás* defendiendo esta barricada. –Balisto hizo una mueca antes de utilizar el socorrido sermón que empleaba con los novatos heridos. –Además, deberás permanecer vivo hasta que se te permita morir. Y esta es una orden *directa*.

Siempre respondían igual, pensó Balisto. Un leve “sí señor” con un bufido que estaría acompañado de una sonrisa tensa. El veterano comprobó que no hubo diferencia en el comportamiento del iniciado. Aunque al sargento no le gustaba emplear ese argumento, sabía que era el más apropiado en tales situaciones con los nuevos guerreros. La compresión táctica de su época de exploradores era bastante inconsistente cuando debían mantener posiciones realmente enconadas, donde la movilidad era menor, y la Fe en la resistencia de su sagrada coraza carmesí junto con el inquebrantable castigo de su bólter era lo único en lo que podían creer.

Si hubiese sido un hermano de armas, como aquellos que tuvo en la Primera Compañía, se habría despedido de él entre rezos y sentimiento de deber cumplido. Le habría jurado que rezaría por él, y le habría prometido que sus almas estarían siempre unidas por los lazos de los hijos de Sanguinius.

Pero ése no era el caso. Posó su guante de combate sobre el hombro de su soldado a modo de despedida, asintió levemente y se giró sobre sí mismo para alcanzar la posición de Vaneo. El hermano Eware se asomó por encima de la barricada, empezando a disparar ráfagas cortas sobre la posición enemiga para crear fuego de cobertura.

El Sargento veterano Balisto Dulay abandonó a la carrera la barricada. Oyó inmediatamente el inconfundible siseo de un rifle de fusión. El dolor lacerante le corroboró un impacto directo.

El marine táctico Nuctus se apoyó en la agrietada pared mientras oía como el enemigo disparaba irregularmente desde la barricada. Cambió el cargador de su arma por otro igualmente vacío con movimientos mecánicos, mientras observaba a sus hermanos Ángeles Sangrientos.

El edificio desde donde disparaban había dispuesto antiguamente de varias plantas. Aunque ahora se hallaban todas derruidas excepto la parte que ocupaban de la planta baja, los cascotes sobre ellos y las gruesas paredes de rocamiento le conferían una estructura envidiable para plantear un tiroteo, puesto que se podían parapetar eficazmente, utilizando la densa oscuridad interior en contra a la iluminada barricada que disponía el enemigo.

Por otro lado, los muebles que había contenido la sala yacían podridos y astillados por todos lados. Dejaban puntiagudas y refulgentes aristas metálicas al aire, que se deshacían al colisionar con los componentes de las sagradas servoarmaduras mientras sus hermanos se movían cautelosamente por la estancia. Creaban una fina manta de polvo en el aire con cada movimiento, la cual se adhería insolentemente sobre las corazas de los Adeptus Astartes, unida a una suerte de chasquidos, repiqueteos y crujidos cada vez que el castigado suelo recibía una pisada de las armaduras mecanizadas.

Designó las posiciones por las que dispararían sus hombres. Éstos se colocaron eficientemente, asomándose por los resquicios para tomar datos telemétricos y de posición enemiga, a la expectativa de desatar un infierno a su orden. Nuctus se lamentó de que desafortunadamente habían encontrado al grupo de combate del adversario demasiado disperso, por lo que no habían podido aprovechar toda la ventaja del ataque sorpresa y del asalto.

Recordó con las mandíbulas apretadas que curiosamente un componente de la Primera se había revuelto contra ellos en combate físico. La Primera Escuadra, la Calavera Negra, era la escuadra compuesta por los mejores tiradores, en total contraposición con la Segunda Escuadra, la Calavera Azul, con los mejores y más fieros luchadores cuerpo a cuerpo entre los tácticos.

Le había resultado sorprendente cómo había peleado en inferioridad con total arrojo. El hermano Nolia había saltado la barricada y había asado a un enemigo con su rifle de fusión, mientras él mismo junto con Wighs y Dilen habían acribillado al siguiente, que había podido huir disparando alocadamente. Nuctus sabía que lo había herido de un modo fatal. Así que ahora el tiempo corría en su contra.

Pero el hermano Vlory había caído ante Niloson. Resultaba humillante cómo un patético componente de la Negra había vencido a uno de la Azul en combate físico. El sargento Morton no lo perdonaría fácilmente, eso seguro. El orgullo desmedido de su sargento era tan sólo equiparable a su férrea creencia que el castigo era el único camino hacia la superación. Y su odio visceral contra el sargento de la Primera, Balisto Dulay, el usurpador, no tenía parangón.

Conforme el hermano Vlory había caído, el resto del grupo había contraatacado y habían eliminado al adversario con facilidad, ejecutándolo en una brutal ráfaga conjunta. Desgraciadamente, eso no devolvía la afrenta recibida y el lógico castigo que recibirían, sobrevivieran o no.

Se tocó con el guantelete la rodillera izquierda de su servoarmadura. El símbolo de una calavera blanca, sobre fondo azul, le identificaba como componente de la Segunda Escuadra. Maldijo por lo bajo. Su misión era una erradicación rápida y aséptica del enemigo, no quedar encallados en un aburrido intercambio de disparos entre fortificaciones.

–El premio gordo ha llegado a la barricada, hermano. –Le siseó por el comunicador el hermano Dilen mientras permanecía asomado por una grieta de la pared. Mantenía el bólter mirando hacia el oscuro techo, y golpeaba rítmicamente el cargador con el pulgar.

Nuctus sonrió ignorando la falta de protocolo. Parecía que las cosas iban cambiando. Había temido que el Exterminador no se encontrase en ese grupo, y que estuviese dirigiendo a otro grupo de combate hacia el objetivo. Pero el Emperador había sido benévolo dándole las cartas más ventajosas en el peligroso juego de la batalla.

–Disparad a mi orden, hermanos. Que Sanguinius guíe vuestra mano.

–Ordenó mientras amartillaba su arma.

Los hombres se tensaron. Nuctus dio una orden muda a Nolial, pidiéndole que no disparara y se mantuviese a cubierto. Éste se mostró primero perplejo y luego contrariado, para finalmente retroceder hasta quedar oculto en los escombros del fondo de la sala, de un modo menos silencioso del que hubiese sido recomendable.

Nuctus suspiró. Sabía que era necesario desarrollar esa táctica. Dejaría el rifle de fusión más atrás, y esperaría el error del sargento rival. El marine sabía perfectamente las escasas posibilidades de abatir a tan formidable enemigo sin un arma especial, aunque empezaba a dudar que pudiese mantener a sus hombres mucho tiempo intercambiando disparos. Desafortunadamente, no tenía la inspiradora presencia de su admirado Sargento, y los novatos de la Segunda se ponían fácilmente nerviosos ante la imposibilidad de desarrollar el combate físico.

Para darse ánimos, empezó a entonar una serie de rezos llamados “El Alma del Ángel”. Moviendo los labios y emitiendo un susurro, notó como las oraciones lo iban calmando y eliminaban el sentimiento pesimista que se había estado apoderando de él. Sonrió mientras aumentaba el nivel de su cántico y abrió el intercomunicador a sus hombres.

Inmediatamente se vio arropado por el murmullo del resto de su grupo de combate entonando las manidas estrofas. Pudo comprobar, de un modo casi imperceptible, como los hombres se concentraban nuevamente en su tarea y volvían a comprender la importancia de lo estaba ocurriendo.

Apenas pudo parpadear cuando los visores de su casco le informaron que el Exterminador se había levantado sobre la barricada. No pudo lanzar la orden a sus hombres. Estos empezaron a disparar instintivamente, subiendo la intensidad del rezo hasta un ininteligible grito de ira y odio.

Malditos novatos. Estaban jugando a favor del adversario. Estaban dejándole que calibrase su posición. Nuctus vio asombrado como el portador del arma especial, Nolial, al que había ordenado que perma-

neciera oculto, saltaba los escombros desde su posición y se abalanzaba sobre un hueco de la pared.

Le gritó que se mantuviese su posición.

Sintió un golpe seco en el pecho, una oleada de calor, y perdió las fuerzas en las piernas, cayendo estruendosamente de rodillas para luego terminar derrumbándose entre una nube de polvo.

Eliminado.

Despliegue

El Capitán de la Sexta Compañía de Ángeles Sangrientos, Lariel Heat, estaba francamente complacido de cómo estaban desarrollándose los acontecimientos. Había estudiado minuciosamente la preparación del Campo de Batalla sobre el planeta saqueado de Sartos IV, a la vez que la estrategia para el despliegue de tropas bajo los parámetros de una operación relámpago de los Adeptus Astartes.

Conforme la *Letanía de Sangre* había abandonado el espacio disforme, había entrado en modo de combate, juntamente con el comienzo del contador de tiempo, mientras el titán había recorrido la distancia que le quedaba para anclarse en la órbita planetaria. Toda luz exterior de posicionamiento había sido apagada. La energía consumida para preservación vital de la nave había bajado al mínimo, redirigiéndose a los escudos refractantes, a los motores convencionales y al armamento ofensivo. Toda la precisa rutina que conseguía multiplicar la peligrosidad de la nave hasta su máximo nivel había sido llevada a cabo. Todo aquello que hacía que los cientos de hombres que habitaban esa nave sintiesen de modo *tangible* el espíritu del Crucero como un fiero depredador víctima de una insaciable furia había sido realizado.

A la vez que había fijado su posición en órbita, la primera Thunderhawk, la *Deber Ineludible*, había despegado. La Cañonera súper blindada, preparada para combate en atmósfera, había mostrado orgullosamente todo su armamento en posición ofensiva. Tanto el devastador Cañón de Batalla montado sobre la carlinga como los ocho pares de bólteres pesados ubicados de modo preciso para no dejar ángulos muertos.

Después de avanzar por el vacío espacial, los robustos motores cilín-

dricos habían desgarrado la capa externa de atmósfera planetaria entonando un temible rugido. Las gruesas alas principales habían aullado arañando el cielo gris, dejando a su paso una nítida estela.

Y, finalmente, sobre los alerones de estabilidad, que terminaban con cañones láser, se había apreciado el sagrado símbolo de los Ángeles de Sangre por primera vez en Sartos IV.

Convirtiéndose en la primera visita de los Hijos de Sanguinius al planeta.

Y en la última.

La Cañonera había hendido el triste cielo planetario dejando una imponente estela a su paso, precipitándose sobre la ciudad de un modo casi vertical. Pareciendo un ave rapaz abalanzándose de un modo letal sobre su presa indefensa.

Cuando los sensores habían lanzado la señal de distancia prudencial, había corregido automáticamente su rumbo. Envuelta en diversas nubes de vapor que mostraban los cambios de inclinación de los alerones y el envío de nuevas órdenes a los motores de frenado, había realizado la complicada maniobra de estabilización de un modo perfecto gracias a la total compenetración del espíritu máquina con el piloto y el copiloto.

Además de estos dos tripulantes, el artillero también se había mantenido estático en su posición, observando atentamente el entorno, totalmente preparado para descargar ardiente condenación sobre los enemigos invisibles. Por otro lado, el asiento del navegante había permanecido vacío, debido a que no era preciso en ese tipo de misión. Las atormentadas almas al servicio del Capítulo no debían ser utilizadas si no eran realmente necesarias.

Cumpliendo su cometido con increíble velocidad, la Thunderhawk había localizado el centro de la silenciosa ciudad y había creado un ló-

gico perímetro de seguridad, dando vuelos circulares sobre una amplia extensión de terreno. Hirviendo letalmente a la quietud reinante con sus poderosos motores, mientras sus devastadores cañones apuntaban vehemente contra el suelo. El flujo constante de datos cartográficos y de presencia vital había sido enviado a la nave nodriza con total presteza, arrojando un resultado totalmente *positivo*.

Ni rastro de vida.

Simultáneamente, las dos escuadras tácticas habían estado recibiendo instrucciones sobre su misión en la ciudad muerta, para pasar rápidamente a la preparación de su despliegue inmediato en cápsulas de desembarco. Habían consumido en esa tarea menos de la mitad de los veinte minutos permitidos para el despliegue de tropas desde un cruce-ro de batalla.

Una segunda Cañonera Thunderhawk, la *Reina de Justicia* había salido en ese instante. Hermana de la anterior nave, compartiendo la misma configuración de armamento, había desplegado sus mecánicas alas rojas para llevar al centro de la ciudad al Tecnomarine Marcus junto con un pequeño séquito de servidores y una escolta formada por componentes de la tercera y cuarta escuadra. Durante su violento descenso había recibido escolta directa de la *Deber Ineludible*, manteniéndose además bajo los temibles sistemas de torpedeo orbital de la *Letanía de Sangre*. Aunque Sartos IV era un planeta clasificado como “Ruina Imperial”, y a luz de los datos recién recibidos no debía de disponer de vida hostil en su superficie, en un desembarco de tropas siempre debían *suponer* cualquier tipo de imprevisto. Y el Capitán Lariel Heat había invertido mucho tiempo en crear un plan que conllevara el riesgo mínimo.

Dejándose caer al planeta como una exhalación para utilizar los motores de estabilización bruscamente en el último instante, la *Reina de Justicia* había aterrizado finalmente sobre los escombros retorcidos de la ciudad. La otra Thunderhawk, la *Deber Ineludible*, había vuelto a tomar

altura para restablecer el perímetro de seguridad.

En la zona de aterrizaje, el Tecnomarine había seleccionado el área para desplegar el objetivo. Junto con sus mecanizados servidores, había desembarcado ceremoniosamente a la *Búsqueda de la Fe*, el pesado cubo de ceramita gris enlazada de un metro de lado. Profusamente adornado con arcaicas runas de la Era Oscura de la Tecnología, en un tono ocre, se había como un descorazonador jeroglífico ante los cientos de estudios de los que había sido objeto.

En ese mismo instante, las dos cápsulas de desembarco carmesí, transportando a la Calavera Negra y a la Calavera Azul, se habían dibujado en sendas trayectorias opuestas contra el cielo plomizo, desgarrándolo en su avance y levantando una seca explosión junto a una polvareda donde habían aterrizado. Realmente alejada una de la otra. A cada extremo del círculo que volvía a recorrer de modo mecánico la *Deber Ineludible*.

El Sacerdote del Dios Máquina y sus acólitos habían comenzado entonces una complicada ceremonia de despertar de la antigua reliquia. Conforme habían ido avanzando en los rezos, las runas habían ganado o perdido intensidad, siguiendo un intrincado patrón de activación.

Algunos servidores habían empapado con total abnegación las aristas del cubo con ungüentos sagrados, mientras habían musitado quedamente los salmos impresos físicamente en sus cerebros. El Tecnomarine Marcus había abierto la parte superior de la caja. Levantando sus brazos hacia el cielo y terminando su letanía, los había introducido junto con el articulado servobrazo que nacía de su espalda en las entrañas de la reliquia, fundiéndose con su misterioso interior.

Los servidores habían empezado a girar de un modo errático alrededor del amalgama de carne y metal que veían ante ellos, sin parar de recitar su monótono cántico, cada vez con mayor fuerza.

Finalmente, tras unos ciertos sonidos y chasquidos y con una rápida

sucesión de agradecimientos al Omnissiah, Marcus se había erguido, dejando otra vez su brazo mecánico en la posición predefinida. Las runas habían comenzado a brillar de un modo síncrono, para finalmente quedar en un color intermedio. La reliquia había sido activada.

Los servidores, finalizando sus cánticos, se habían quedado inmóviles con serios síntomas de agotamiento. El Tecnomarine de los Ángeles Sangrientos había dado por finalizada la ceremonia. Había designado entonces a unos pocos servidores, que habían cerrado la caja de una manera respetuosa en extremo.

Finalmente, tanto el robótico adeptus mechanicus como su séquito habían desfilado con paso rápido para embarcar nuevamente en la Thunderhawk. La escolta compuesta por marines tácticos habían realizado un movimiento de repliegue, preciso y coordinado, para retirarse de un modo seguro hacia la Cañonera.

La reliquia había quedado allí, en medio de la plaza, arropada por el viento cargado de susurros. Las runas habían empezado poco a poco a brillar más. El color había pasado del oscuro ocre hacia un blanco puro. Los chasquidos se habían repetido con mayor intensidad. El impasible cubo grisáceo había temblado levemente.

Pero la Cañonera *Reina de Justicia* había despegado antes de que sus ocupantes vieran como finalmente la reliquia mostraba la imagen holográfica de la estatua de Bendito Sanguinius, finalizando así su complicada activación. Pero era mejor así. Evitaban ciertos riesgos inherentes al polémico cubo de ceramita.

Ambas escuadras estaban condenadas a avanzar una gran distancia a través del corazón muerto de la ciudad derruida para llegar al su objetivo, situado a una distancia más o menos equitativa a ambos grupos. El Capitán Lariel Heat disfrutaba al saber cómo gran parte de la dificultad del entrenamiento residía en el factor de que las unidades no

sabían exactamente la distancia que les separaba del objetivo, debiendo estar preparados en todo momento ante la incertidumbre de un ataque enemigo. Eso le hacía contemplar con auténtico deleite los pequeños detalles tácticos de sus escuadras de nivel superior, cuando sus hombres estaban bajo la mayor presión posible.

Finalmente, la *Reina de Justicia* había devuelto al Tecnomarine a la *Letanía de Sangre*. Había volado de un modo casi vertical a su posición de desembarco. Las dos escuadras desplegadas en tierra habían seguido a la Thunderhawk con la vista, sabiendo entonces hacia dónde tenían que dirigir sus pasos. Cuando la Cañonera había desaparecido del gris firmamento, habían empezado su lento y preciso avance por esa podrida tumba de un millón de almas, tal y como les habían ordenado.

Con un objetivo.

Encontrar a sus enemigos.

Exterminar a otros Ángeles Sangrientos.

Reliquia

El cubo de gris ceramita, descansando indolentemente en el centro de la plaza, repetía el flujo constante de iluminación de sus runas repartidas por sus costados. Variaba desde tonos ocre hasta el mismo blanco en una impredecible secuencia. Mantenía con vanidad a la impoluta holoimagen del Primarca de los Ángeles Sangrientos, el Bendito Alado, el cual miraba con orgullo el tesón, la fuerza y la voluntad de sus hijos, enfrentados en el honor eterno del combate.

La antigua reliquia, encontrada en un Pecio Espacial como una brillante recompensa entre una aglomeración de podredumbre y contaminación alienígena, había mostrado una tozudez inquebrantable. El Espíritu Máquina tan sólo había despertado a bordo de la *Letanía de Sangre*, por motivos incomprensibles para los grandes Tecnomarines que habían intentado alinearse con su alma, en un fallido intento de amortizar el número de bajas de leales hermanos de la Primera Compañía.

Engullida en el torrente de la grave agitación en el seno del Capítulo por la Caída de Althan el Diestro y la exterminación del Contingente Ala Carmesí, la reliquia había acompañado a la *Letanía de Sangre* en su designación a transporte para la Sexta Compañía. Se había convertido en un objeto relegado a bordo de un Crucero de Asalto dispuesto para una Compañía de reserva. Un artefacto tachado de elemento inservible proveniente de la Antigüedad, olvidado nuevamente en una bodega. Esperando pacientemente a que las insondables líneas del destino le hicieran encontrarse con el Tecnomarine Marcus casi veinte años estándar después.

El tecnosacerdote del Dios Máquina se había sentido inmediatamen-

te atraído por la reliquia abandonada. Había desplegado una increíble capacidad de estudio y voluntad, compaginando su entrenamiento como hermano de batalla y su progresión en la adoración al Omnissiah con un severo trabajo sobre la *Búsqueda de la Fe*. Finalmente, tras un largo y arduo camino, había conseguido acceder tenuemente al Espíritu Máquina. A aquello que era el alma de la Antigüedad perdida. A aquello que le hablaba del Omnissiah en su propio lenguaje.

Muchos de los Tecnomarines más veteranos del Capítulo de los Ángeles Sangrientos se habían sentido ultrajados ante la audacia de un servidor del Dios Máquina de nivel inferior. Motivo por el cual el Tecnomarine Marcus había visto como su trabajo había sido desdeñado por muchos de sus superiores, tachándolo como una serie de afortunadas casualidades más que debido al tesón y la fe del Tecnomarine. Aunque sus progresos habían sido incluso presentados ante la Cúpula de Mando de los Ángeles Sangrientos, el hallazgo tan sólo se había convertido en una fuente de tensión y conflicto de intereses.

Por tanto, el Señor de los Ángeles Sangrientos había demostrado una vez más su carisma y su fuerza uniendo los corazones de los Hijos de Sanguinius, pudiendo así conservar la frágil calma conseguida después de la Caída de Althan. Después de estudiar profundamente los informes tanto de Marcus como del resto de los Tecnomarines, Lord Dante había dictaminado que la mayor utilidad de la reliquia, además de cómo elemento de adoración, residía en su posible manejo como herramienta para el entrenamiento de tropas de línea.

La limitación que adolecía la Reliquia, la cual permanecía inerte salvo en proximidad del Crucero de Batalla *Letanía de Sangre*, había restringido su uso a la Sexta Compañía. Lord Dante había asignado a Marcus a dicha Compañía, permitiéndole así continuar su estudio. Además, había evitado informar al Imperio sobre el hallazgo de la Reliquia, puesto que era un “elemento sin importancia real”. Esto había calmado al resto de los Tecnomarines más veteranos del Capítulo, porque así se eliminaba de un modo tajante cualquier especulación sobre su capacidad.

Y el recién ascendido Capitán de la Sexta Compañía, Lariel Heat, lo

había tomado como un gran honor.

Y ahora, por fin, la *Búsqueda de la Fe* estaba siendo empleada lejos de su sistema natal por primera vez. El Capitán sentía una gran satisfacción, junto con un cierto alivio, al ver que todo estaba funcionando convenientemente. Estaba demostrando de un modo sistemático que era apropiado para lidiar con toda la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros.

Entrecerrando los ojos, sin poder contenerse, se cercioró nuevamente que tanto el Tecnomarine como el Sacerdote Sangriento estaban totalmente absortos en las pantallas, comprobando los informes generales sobre los datos que recibían en sus monitores específicos. Lariel Heat podía ver la concentración en el rostro arrugado del Sacerdote Sangriento. El lenguaje corporal del Tecnomarine le decía lo mismo. Ninguno de ellos había dado ningún tipo de alarma.

Por otro lado, el Bibliotecario había prendido una pequeña vela de color rojo envuelta en una ininteligible escritura de color morado en su parte de la Mesa de Mando. Era una costumbre que realizaba constantemente. Se mantenía totalmente concentrado en una tarea ayudado por la danzante llama anaranjada. Esta era una de tantas manías que adolecían los Bibliotecarios, ya que no permitía que nadie se dirigiera a él hasta que el fuego se hubiese extinguido. Y ahora la llama reflejaba oscuras formas en los ojos del Bibliotecario Lartos Oniasen, mientras éste también prestaba total atención al entrenamiento.

El Capitán se permitió recostarse lentamente sobre el Trono de Mando, hasta que el generador de su servoarmadura, que se hallaba sobre su capa, encajó suavemente en las hendiduras precisas del respaldo de piedra negra. Cruzó sus manos blindadas por los guantes de su servoarmadura haciendo un puente bajo sus ojos. Sintió el tranquilizante olor de los aceites sagrados con los que se habían imbuido las articulaciones

de los dedos acorazados. Notaba cómo volvía a recuperar la concentración después de la *huída* sin sentido del excéntrico Capellán.

Veía reflejado en el entrenamiento de ambas escuadras las ideas enfrentadas de ambos guerreros. Mientras el Capellán Gorian defendía el combate físico y la destreza de las armas como único modo de avanzar en la batalla, el Capitán Lariel Heat prefería el fuego de las armas y la precisión de los tiradores, algo poco común en los Ángeles Sangrientos. Esa era una de tantas fuentes de discusión entre los dos componentes de la Cúpula de Mando de la Sexta Compañía. Además, como quitándole la razón de un modo macabro, la Primera Escuadra iba perdiendo, pensó haciendo una mueca.

Obviamente, el combate no había terminado, por lo que no había nada definitivo. Ninguna de las dos escuadras había logrado su objetivo. Además, Lariel Heat creía que la estrategia de Balisto Dulay era más acertada que la de Morton Leen. Era todavía pronto para precisar el cómo se desarrollarían los acontecimientos. Los riesgos que ambos sargentos habían corrido eran elevados, pero ambas tácticas eran totalmente lícitas para alcanzar la meta de la misión.

Se fijó nuevamente en las pantallas. Disponía de una imagen en tiempo real de cada uno de sus veinte hombres desplegados, además de que veía en los mapas de situación bidimensional a los diez puntos negros y los diez azules pertenecientes a las dos escuadras. Menos los que habían cambiado su color a un discreto tono gris, para mostrar las bajas.

No eran bajas *reales*, ya que era una Compañía de reserva, y su tarea era formar y preparar a los marines espaciales que pasarían a las Compañías de combate. Torció el gesto un instante al recordarse de un modo consciente que *él también* estaba aprendiendo. De hecho, era la primera vez que dirigía a una fuerza de Ángeles Sangrientos fuera del cinturón del sistema Baal, aunque fuese únicamente con motivos de entrenamiento.

Desechó la punzada que sentía siempre que empezaba a analizar los intrincados caminos que habían seguido los componentes de la Sexta

Compañía actual. Suspiró mientras rememoraba la incompresible traición del Capitán Althan y su Cúpula de mando, y cómo habían asestado una desgarradora puñalada a sus hermanos Sangrientos.

Cortó su línea de pensamientos conforme un nuevo punto, esta vez azul, se tornó rojo. Una nueva baja. El líder del segundo grupo de combate de la Calavera Azul, el hermano Nuctus, había caído ante la certera puntería del veterano Balisto.

Quedaba suficiente entrenamiento. Todavía ocurrirían acciones que analizar y disfrutar.

Gracias a la controvertida reliquia se podía hacer una simulación casi perfecta del combate no físico. Tecnológicamente hablando, la *Búsqueda de la Fe* era realmente un complicado sistema de modulación de datos que reforzaba la señal de los emisores de las servoarmaduras que se encontraban dentro de un radio de hasta diez kilómetros.

Esa señal ampliada permitía su utilización para diversos motivos. Debido a que la reliquia había quedado a cargo de la Sexta Compañía, Lariel Heat había permitido al Tecnomarine que le añadiese ciertos componentes, siempre bajo la máxima ceremonia y con extrema precaución para que no afectara al espíritu máquina latente.

Llegados a ese punto podían recibir las imágenes captadas mediante los visores de sus tropas desplegadas, hasta un máximo de unas treinta unidades, en tiempo real. Además, debido a que utilizaba un sistema de modulación de señal propio, no era preciso pasar por el canal psíquico. No hubiese sido posible ni enviar ni gestionar tal cantidad de información de modo instantáneo por el sistema de psíquicos de la *Letanía de Sangre*, además de que someterlos a tal cantidad de presión podría haber agotado a algunos de ellos hasta el punto de su muerte. Así que la *Búsqueda de la Fe* enviaba una señal autónoma suficientemente potente como para recibirla en la nave de un modo *limpio*.

Por otro lado, el Tecnomarine Marcus había añadido un módulo para aprovechar esa potencia en el campo de la simulación. Las servoarmaduras que estaban en el radio de alcance de la reliquia, bajo una previa configuración, entraban automáticamente en sistema de “entrenamiento”. Este sistema consistía que los componentes de soporte vital de cada armadura enviaban datos constantes a la reliquia, y ésta los devolvía al resto de las armaduras, consiguiendo así una simulación de combate casi perfecto.

Los Adeptus Astartes apretaban el gatillo de su bólter contra un enemigo y a la vez hermano. Los cargadores estaban vacíos, pero la servoarmadura registraba la *simulación* del disparo y lo enviaba a la *Búsqueda de la Fe*. La reliquia resolvía si el disparo impactaba y el soporte vital de la armadura del herido calculaba el daño recibido por su huésped.

La Sexta Compañía había utilizado ese sistema para resolver asaltos y defensas en los trillados campos de entrenamiento de Baal Secundus. Pero habían creado cierta confusión entre sus hermanos de otras Compañías de reserva, sobre todo cuando entraban dentro del radio de acción de la reliquia y veían que su apreciada servoarmadura no funcionaba de un modo correcto, o sufrían graves y molestas interferencias en sus sistemas vitales.

Así que Lariel Heat iba a aprovechar el nuevo entorno del planeta Sartos IV, clasificado como “Ruina Imperial”, para probar la mejora que habían conseguido implementar aunando esfuerzos el Tecnomarine y el Sacerdote Sangriento. Lejos de las suspicacias de cualquier otro componente del Capítulo y con total beneplácito de la Cúpula de los Ángeles Sangrientos, se disponían a comprobar si habían conseguido alcanzar un nuevo nivel en la mejora del sistema de simulación.

Hasta el momento habían logrado una ágil comunicación con los sistemas de soporte vital de las servoarmaduras. De tal modo que cuando desarrollaban una acción, hasta el último milímetro de la servoarmadura MK7 sabía qué debía hacer. Los servomúsculos reproducían las pequeñas sacudidas del retroceso del arma. Cuando recibían un impacto sentían la inercia del golpe, e incluso cuándo el proyectil

debería haber traspasado las placas auto-reactivas o las cubiertas exteriores de ceramita entrelazada y plásticero el soporte vital hacía que el Adeptus Astartes sintiese un dolor afín a la cantidad de daño estimada.

Desafortunadamente todo ese proceso era *peligroso*, como bien comprendía toda la Cúpula de Mando de la Sexta Compañía. Por eso debían estar totalmente pendientes del estado de los marines que estaban combatiendo en el planeta. Cuando el daño era suficientemente masivo, la propia servoarmadura suministraba una dosis de droga para la preservación, sirviendo esto para dejar al marine en un estado letárgico, pudiéndose considerar una baja.

Lariel Heat temía especialmente esa parte. No quería suponer qué ocurriría si una servoarmadura *decidía* que los daños eran tan altos que requería un suministro de dolor y droga intensivo. Resultaría realmente trágico, a la vez que irónico, el que un Adeptus Astartes pudiese ser asesinado por el sistema de preservación vital de su servoarmadura. Aunque la más oscura posibilidad era que se desatara la Rabia Negra cuando la tensión de un hermano hubiese llegado al máximo. Le resultaba una idea aterradora.

Pero el Sacerdote Sangriento Sammael, encargado de monitorizar las constantes vitales de los Adeptus Astartes desplegados, continuaba con sus ojos de rapaz fijos en las pantallas, sin que nada le hubiese hecho detener el inquietante movimiento de su exanguinador. Lariel Heat lo tomaba como una buena señal que ningún imprevisto hubiese acontecido todavía. Era realmente satisfactorio que no se hubiese tenido que suspender el entrenamiento. Todo estaba funcionando apropiadamente incluso después de registrar cuatro bajas, las cuales habían apagado otras tantas holopantallas de la Mesa de Mando.

Volviendo a concentrarse en espiar todos y cada uno de los movimientos de sus aguerridos combatientes, los ojos azules del Capitán se clavaron en una pantalla en particular. Observó por los visores del marine Noliál, de la Segunda Escuadra, cómo cogía diestramente puntería con el rifle de fusión casi a la carrera para disparar sobre el sargento en armadura de Exterminador a una distancia considerable. Aunque el arma

especial estaba realmente descargada, en el visor del marine aparecía una simulación casi auténtica de la estela del temible rayo calorífico, y el certero impacto en la parte dorsal de su objetivo.

Inmediatamente la sagrada servoarmadura Táctica Dreadnought salía despedida hacia delante a gran velocidad, cayendo al suelo y arrasándose unos metros levantando una gran polvareda, para finalmente perder la inercia y quedar inmóvil en el suelo.

Lariel Heat hizo una mueca detrás de sus guanteletes cruzados. Esta última acción se podría convertir en un auténtico desastre para la Primera Escuadra. La balanza se estaba decantando rápidamente hacia los hombres de Morton Leen. Ahora disponían de una ubicación más ventajosa para la consecución del objetivo, además de mayor cantidad de fuerzas.

El Capitán suspiró alicaído intuyendo la próxima discusión que le tocaría mantener con el Capellán Gorian sobre el aspecto de la superioridad del combate frente al disparo. Ya había acontecido tal situación en el último entrenamiento en Baal Secundus, donde la Calavera Azul había barrido a la Negra debido tanto a un error de cálculo del sargento Balisto como a un compendio de desafortunadas casualidades.

Como a sabiendas del cambio en los acontecimientos, el portón de acceso al Puente de Mando se abrió con un chasquido para dejar paso al Capellán Gorian Anderson.

Sonriente.

Al Capitán no le gustó en absoluto.

Determinación

El sargento Balisto cayó al suelo envuelto en una polvareda, mientras el dolor de desgarraba el costado. Embotado por el brutal aturdimiento notó una presión grave en el pecho mientras intentaba inhalar aire. Las continuas descargas de dolor le hacían rechinar los dientes.

Los visores de su armadura le mostraban una serie de alarmas, runas e imágenes de un modo alocado. Un pequeño gráfico mostraba una reproducción de la coraza con casi todas las zonas del tronco en color rojo. Demasiados sistemas dañados de un modo simultáneo. La lesión había sido terrible. El dolor era consecuente.

Quedó boca abajo, inmóvil, intentando rehacerse del atroz impacto. El dolor no remitió en demasía, pero el Astartes lo empezó a superar y pudo comenzar a pensar.

Entre todas las señales que titilaban en sus visores, una nueva runa brillaba fuertemente. La runa que implicaba la finalización del adiestramiento. La runa que pararía el dolor y le dejaría descansar hasta el desenlace del entrenamiento.

Notaba que los ojos se le empañaban con lágrimas. Cada vez le costaba más inhalar aire. Escuchaba los gritos lejanos del táctico Eware, malgastando sus últimas fuerzas a sabiendas de que había fallado cubriendo a su sargento. También recibía las preocupadas palabras de Vaneo por el intercomunicador. Aunque todo eso le parecía terriblemente lejano. Los sentidos se le iban apagando por mucho que pugnara por respirar y permanecer consciente.

Una “simulación real”. Una maldita simulación le volvía a dejar como un perdedor. Exhaló aire entre sus dientes apretados. Otra descarga de dolor lo hizo gemir y retorcerse. Estaba al límite de sus posibilidades.

Cada vez le costaba más continuar respirando. Maldijo mentalmente a sus enemigos.

Viéndose en tal situación, no podía evitar que su orgullo, acumulado por una vida militar ejemplar, le atormentara. Había sido un explorador modelo, disciplinado y metódico. Había estado entrenando durante años para tener la oportunidad de combatir realmente. Había llegado más lejos que nadie para ser ascendido a sargento. Había demostrado una capacidad superior a casi todos sus hermanos para conseguir el incomparable honor de vestir una Sagrada Armadura Táctica Dreadnought. Había perdido casi todo su cuerpo *humano* en un Pecio Espacial y había conseguido volver al combate activo. Y ya había pasado los dos siglos y medio de vida como un orgulloso guerrero.

Los disparos del grupo de combate enemigo arremetieron contra la barricada defendida por Eware. Los adversarios lo daban ya por eliminado. Por el Emperador, el dolor no bajaba de intensidad. El aire ardía al entrar en sus pulmones modificados.

Sentía que se le paralizaban los miembros.

Respirar.

Dolor.

Mientras continuara respirando, significaría que estaba vivo.

La consciencia le golpeó salvajemente. Se dio cuenta que estaba pensando como *aquella vez*. Como cuando llegó hasta el límite que podía llegar un defensor del Imperio de la Humanidad. Como cuando la misma Muerte, envuelta en su sudario negro y con su sonrisa eterna, se había entretenido con su agonía. Para finalmente no llevarle hasta la presencia de su Primarca.

Respirar.

Dolor.

Todavía estaba vivo.

Los horrendos Genstealers habían diezmado su escuadra de Exterminadores. Los angostos pasillos del Pecio Espacial habían sido la injusta

tumba de sus valientes hermanos.

Respirar.

Dolor.

Continuaba vivo.

Los Auspex habían fallado. Habían estado perdidos en esa maldita conglomeración de naves espaciales condenadas. Habían vagado desorientados y sentenciados a expiar sus culpas en la fría oscuridad.

Respirar.

Dolor.

Continuaba vivo.

Cuando la espalda de su servoarmadura había tocado la pared en aquella última sala, las almas errantes de las miles de víctimas de las abominaciones le habían susurrado, entre risas, que se rindiera para unirse a ellas.

Respirar.

Dolor.

Continuaba vivo.

Pero Balisto Dulay había declinado la invitación. Había disparado hasta que sus cargadores se habían vaciado. Había continuado luchando físicamente, de espaldas a la pared, mientras las garras de las criaturas le arrancaban y despedazaban las planchas de ceramita. Mientras su cuerpo humano iba siendo paulatinamente descuartizado.

Respirar.

El dolor no era *tan grave*.

Y había continuado luchando. Los fluidos de su sagrada coraza se habían mezclado con su sangre. Las lascas de ceramita habían abrazado las astillas de sus huesos. No había existido un pasado ni un futuro. Tan sólo había existido el combate continuo hacia el ocaso de su existencia.

Continuaba vivo.

No había desfallecido en aquel entonces. Las almas habían vuelto a

gritarle, furiosas. Las abominaciones no habían cesado en el empeño de finalizar su voraz tarea. Pero el humano no había sucumbido. Había pensado únicamente en respirar.

Y en exterminar a sus enemigos.

Respirar.

El dolor sería *soportable*.

Exterminar.

Continuaba vivo.

No había caído en aquel entonces. Había rezado a su Primarca, buscando Su Guía. Había gritado a sus hermanos que apareciesen en su auxilio. Incluso le había suplicado a las almas de los muertos que lo ayudaran a continuar vivo. Pero su Primarca no le había ayudado más allá de hacer hervir la sangre de sus venas. Sus hermanos se habían martirizado buscándole infructuosamente. Y las almas se habían mofado de él. Le habían dicho que estaba loco. Le habían chillado que estaba condenado. Aún así, Balisto había continuado resistiendo. Sus golpes habían continuado arrebatando las vidas de las abominaciones una tras otra. Los cadáveres se habían amontonado a sus pies. La Muerte había reído a carcajadas.

Respirar.

El dolor no era importante.

Exterminar era su deber.

¡Por el Emperador y Sanguinius, estaba *vivo*!

Había salido en aquel entonces desde las ardientes puertas del Infierno. Había muerto y había vuelto a la vida en un oscuro pasillo de una nave abandonada, perdida en las frías profundidades del espacio. Había demostrado que no sabía rendirse. Había demostrado que no sabía morir.

¡No iba a consentir caer en un maldito entrenamiento de simulación real!

Profundamente dentro del dolor volvía a notar cómo le hervía la san-

gre. Su cuerpo volvía a comportarse como cuando era un componente completo de la Primera Compañía. Sus sentidos mermados se resistían a desaparecer, y su determinación inquebrantable se filtraba por cada milímetro de su ser. Su cuerpo estaba roto. Pero la valiente alma del guerrero continuaba intacta, gritando con una insaciable sed de sangre.

Conocía los riesgos que conllevaba la decisión que había tomado. Pero ya no importaba. Estaba sentenciado. Danzaría en la resbaladiza línea de la perdición eterna. Cumpliría su deber a expensas de su humanidad si era necesario. Volvería a exprimir sus posibilidades hasta el límite vital. Su conciencia se había cimentado de un modo indestructible.

Hacía tanto tiempo, en aquel entonces, cuando todo había finalizado, las almas habían callado y se habían retirado decepcionadas. Él había continuado centrado únicamente en respirar, saboreando su merecido descanso. Pero los focos de otra escuadra de Exterminadores habían aparecido por el mohoso pasillo, disparando muerte candente a las pocas bestias supervivientes. Arrollando todo a su paso.

Entonces la Muerte se le había acercado y le había tocado en la cara con sus frías manos. Las cuencas llenas de oscuridad eterna le habían mirado profundamente a los ojos, para, mostrándole su sonrisa sin humor, despedirse con la aseveración de que volverían a encontrarse.

Con una nueva y ardiente inhalación, el sargento cerró los puños. Su Puño de Combate, la deforme mano que tanta sangre enemiga había bebido, cerró sus dedos metálicos en el suelo, reduciendo la piedra y los escombros a polvo. Las devastadoras oleadas de dolor estaban controladas por su férrea determinación.

Respirar una vez más. Continuar cumpliendo su deber.

Exterminar.

Envío la orden a su coraza. Su fiel compañera que había sido su ataúd de muerte y reencarnación. Allí donde el metal, los fluidos, los nervios metálicos, la munición y la energía se fundían como una extensión de su propio cuerpo. Aunque su carne estaba paralizada, el metal se movería bajo las órdenes de su mente. Todas las rutinas habían comenzado su

proceso. Y sabía que las soportaría.

¿No querían *simulación real*? Pues se iban a encontrar lo que hubiese pasado en un combate a muerte real. Iban a comprobar la furia de un auténtico hijo de Sanguinius. Iban a comprobar hasta dónde llegaba el alma del veterano Ángel Sangriento.

Soportaría el dolor, pensó con una fiera mueca. Puso los ojos en blanco y empezó a gritar irracionalmente mientras la rutina se completaba y las runas cambiaban de color rápidamente.

Respirar.

La antigua armadura de Exterminador se empezó a incorporar trabajosamente, ignorando el desgarrador martirio de su ocupante. Los sellos de pureza se mecían al viento, impulsados por los susurros de las almas de la ciudad muerta, que contemplaban asombradas la desgarradora voluntad de su ocupante. Ninguna de ellas le dijo nada, pues la ira emanaba del titán metálico.

Exterminar.

Cráter

El sargento Morton Leen sabía varias cosas por la falta de información que sufría en su posición, en el profundo cráter al lado de la holoimagen de su Bendito Padre. Con los dientes apretados, mascullando rápidamente entre espantos una retahíla de oraciones encadenadas, ponía en orden sus pensamientos de un modo voraz.

Por un lado sabía que el sargento enemigo se encontraba en una primera fuerza que estaba enfrente de ellos, ya que si no Nuctus podría haber liquidado a los componentes de la Calavera Negra con cierta *facilidad*. Además, suponía que su segundo al mando había caído, por lo irregular de los ecos de los disparos que escuchaba. Nuctus era un capaz guerrero de la Azul, fuertemente alineado con el honor del combate físico, pero también era la previsión y la ordenación encarnada.

Su guantelete continuaba arrancando chispazos mientras golpeaba el pulgar blindado contra los dientes de su negra espada sierra. El viento arreciaba por momentos, subiendo la intensidad del susurro eterno de la ciudad a un inquietante aullido. El polvo se convertía en pálidos fantasmas que avanzaban rápidamente por las calles, cambiando a formas amenazantes cuando no se les observaba atentamente. Acechando justo al límite de la visión.

Sintiendo un humor afín al tético escenario, el veterano supuso que su adversario también había desplegado un segundo grupo de combate, para efectuar un movimiento de pinza sobre ellos. Aunque Morton Leen lo detestaba, tenía que reconocer que su posición era inmejorable para recibir un asalto y freír a disparos a cualquier atacante imprudente. En ese instante, una nube de fantasmas saltó la barricada y danzó hasta que se golpeó con fuerza contra su armadura, silbando vagamente

mientras se deshacía entre gemidos.

Morton finalizó sus rezos y extendió una mano. Sintió la cólera del viento que arreciaba en la ciudad. Incontrolable. Implacable. Sonrió inconscientemente mientras veía desgarrarse las tenues olas de arena que atravesaban sus dedos engarfiados.

–Aramio, a esos cascotes, ahora. –Ordenó cerrando el puño. La experiencia le instaba a tomar ciertas decisiones. Debían cubrir todas las posibilidades. Y un oscuro presentimiento iba tomando forma rápidamente.

–Sí, señor. –Contestó el interpelado. Cambió de posición como una exhalación, con la cabeza baja y el bólter cruzado sobre el pecho. Las granadas que se fijaban a su servoarmadura magnéticamente y a su cinturón repiquetearon mientras se deslizaba los últimos metros, para quedar a cubierto detrás de un pequeño murete de piedras blancas con una forma inquietantemente parecida a cráneos. Apoyó su bólter en la parte más sólida y se quedó quieto, atento a las oscuras calles retorcidas.

–Griph, la posición más elevada.

–Sí, señor. –El más novato del equipo subió hacia la parte más alta de la barricada. El viento arreciaba más allá, ocultando engañosamente a los afilados restos de los armazones metálicos de los antiguos edificios. El sargento comprobó con aprobación cómo el Ángel Sangriento sorteaba los peligros y avanzaba rápidamente. Finalmente, encontrando una buena posición, conseguía parapetarse de un modo eficiente. Perfecto.

–Selus, nuestra retaguardia.

–Sí, señor. –El irascible e incontrolable táctico, que había acompañado al sargento de su migración desde la Séptima Compañía, con todas las bendiciones de sus anteriores sargentos y capitanes, obedeció inmediatamente la orden alcanzando una posición fortificada. Morton sonrió al acordarse de sus antiguos superiores. *Estúpidos*. Debían *conocer* el alma de sus hombres para que estos obedecieran. Casos como el rebelde de Selus eran excepcionales, pero cuando encontraban un guía a seguir, se volvían auténticos fanáticos leales. Y Selus había encontrado a su anhe-

lado tutor en el iracundo sargento.

Morton Leen entendía a medias las explicaciones en las que se proclamaba que la lealtad debía estar enfocada al Capítulo y al Imperio, no a los componentes individuales. Conocía el peligro de que un líder vacilara al borde del abismo, vistiéndose con el raído sudario de la Traición, y dirigiera a un grupo de hermanos a la Caída Eterna de la Condenación.

Pero Morton sabía que él nunca caería. Antes se arrancaría las mismas entrañas con sus manos desnudas que dejaría que el Caos lo corrompiera. No había ningún resquicio en su sólido fanatismo. No había nada que lo tentase. No había nada que deseara. No había nada que *temiese*.

Giró la cabeza como un relámpago cuando vio que el tirado láser, que no había movido un músculo durante los últimos veinte minutos estándar, se encorvaba tensamente sobre su arma. Se deslizó como una serpiente hasta él, siempre cubierto por la desigual barricada, mientras más fantasmas resbalaban nuevamente por las planchas de ceramita carmesí de su armadura.

–He visto durante un instante a un objetivo, señor. Ha corregido su movimiento y se ha salido de mi ángulo de disparo. Portaba un cañón láser. –Recitó Iland sin separar el visor de la mira de su arma láser.

Morton inhaló aire muy lentamente. Estuvo a punto de agarrar al tirador láser y levantarlo en volandas. Se contuvo cerrando los puños, a sabiendas que esa acción podría condenarles. Ahogó una maldición mientras se lamentaba que su tirador sufriese una *enfermedad* realmente grave. Aunque era hábil y paciente, además de estar bendecido con una puntería excelente, tenía una total fijación con la munición. No gastaba ninguna de sus células láser si no era para producir una baja enemiga. Loable en un largo combate. Estúpido en un entrenamiento, máxime cuando sus células de energía ya estaban *vacías*.

–Si le vuelves a ver, dispararás sin dudar, tirador. –Ordenó sin poder evitar que su voz estuviese cargada de ira contenida.

–Correcto, señor. Aseguraré la baja.

Morton apoyó la espada sierra en la junta entre el hombro y el casco

del tirador con los dientes hacia dentro, haciendo cierta presión. Tan sólo debería pulsar el gatillo de su arma para decapitar limpiamente a su *protegido*. Acercó su cabeza descubierta y curtida por cientos de batallas al aséptico casco carmesí, aun a sabiendas que el Astartes le escucharía más por el intercomunicador que por su armadura sellada. Cuando tuvo la boca relativamente cerca de la lente verde del tirador, comprobó con satisfacción que el casco se giraba milimétricamente hacia él.

-Dispararás sin dudar, tirador. -Las palabras brotaron de un modo suave, bajo y bastante más lento de lo habitual. No era una orden directa. Era una premonición *inevitable*. El sargento pudo sentir un suave estremecimiento en el marine.

-S... sí, señor.

Morton mantuvo su furibunda mirada contra el impasible visor verde durante unos breves instantes más. Finalmente, soltando una imprecación que rozaría la herejía, la cual estremeció nuevamente al tirador, se alejó lentamente volviendo agazapado al centro de la barricada. Tendría una charla con algunos de sus hombres cuando hubiesen machacado finalmente a la Calavera Negra. Una *desagradable* charla.

Llegó al centro de su posición y repasó la situación. Continuaban teniendo ventaja. Pero no esperarían sin más. Eliminarían por completo al enemigo, y así asegurarían la victoria sin ningún resquicio al fracaso. Vio por el rabillo del ojo como el tirador volvía a tensarse, a la vez que chillaba.

-¡Veo al Exterminador, señor!

-¡Fuego! -Rugió Morton.

El cañón zumbó poderosamente mientras simulaba la descarga del letal haz de energía, al azul blanco, el cual duró unos instantes antes de desaparecer repentinamente.

Morton ya corría hacia el tirador. Quería ver cómo salía despedida la armadura de exterminador rebotando por las ruinas. Una desagradable sonrisa enfermiza surcaba su rostro.

- ¡Derribado, señor!... -Empezó a decir el tirador con tono

triumfal.

El sargento se puso detrás del hermano Iland, ansioso por ver caer a su enemigo. Tardó una décima de segundo en comprender la *realidad* de la situación

- ... ¡Oh, mierda! -Dijo.

Láser

El hermano Vaneo, veterano tirador láser de la Calavera Negra, se movió todo lo rápido que pudo. Se agarraba con la mano libre a los afilados salientes mientras sus botas resbalaban y arrojaban escombros y guijarros, concentrado únicamente en ascender por el tramo de roca-cemento retorcido y levantado, anteriormente una ancha pasarela entre las cúpulas de dos edificios, en busca de una posición más alta. Aunque el afilado extremo se encontraba a una decena de metros del suelo, la fuerza del viento le hacía tener que compensar constantemente su equilibrio. El respirador facial fijado en su rostro se estaba obstruyendo con el polvo gris de la ciudad muerta, por lo que cada vez era un poco más difícil inspirar. Pero continuaría ascendiendo hasta que se ahogara si era necesario. Su lealtad y su deber se lo exigían. Y no *fallaría*.

Aún escuchando las escuetas órdenes de su sargento a través del intercomunicador, Vaneo había sentido el inmenso dolor que estaba padeciendo su superior. Entre la estática y la modulación de voz, se había filtrado la desgarradora certeza que su hermano de armas estaba al límite de sus posibilidades.

Su sargento ya le había demostrado que no era de los que se rendían. Y todavía podía hacer algo por la batalla. Podía hacer lo suficiente para desequilibrar la balanza a favor de la Calavera Negra. Vaneo sabía de la tozudez de su superior. Y también temía que esta vez estuviese apostando *demasiado*.

El tirador se concentró en redoblar su empeño. Los servomúsculos vigorizaban sus movimientos. Su pesado generador dorsal zumbaba al límite. Los nervios metálicos rechinaban con cada nueva tensión. Sintiendo su armadura como una extensión viva de su propio cuerpo, comprendía el visceral esfuerzo al que la estaba sometiendo. Hundía los

dedos metálicos de su mano izquierda en las rendijas que aparecían, haciendo saltar lascas de su sagrada pintura carmesí. Sus botas acorazadas penetraban en las partes más dañadas del rocamento para encontrar asidero y poder seguir ascendiendo. Por el Emperador, si su sargento estaba en un precario equilibrio sobre el punto sin retorno, él no se podía permitir el incumplimiento de su cometido.

Estaba llegando al corte de la pasarela, cuya inclinación lo protegía de la visión del emplazamiento enemigo. El aire ardía conforme le entraba en los pulmones modificados genéticamente, sobrecalentado por el respirador. El generador dorsal continuaba irrigando el mayor caudal posible de energía. Su sobrehumana constitución junto a su potente coraza estaban siendo presionadas al máximo. Y su objetivo *todavía* no había sido cumplido.

-Cuento contigo, hermano.

La voz de Balisto le llegó clara por intercomunicador fijado en su oído. El exterminador había dado lugar a su movimiento. El dolor que emanaban de esas palabras se le clavó como una estaca ardiente en el pecho. Sabía que serían las últimas órdenes que recibiría durante el entrenamiento. Y él no había conseguido llegar a la maldita posición *todavía*. Ahogándose pero sin parar de trepar, agarró fuertemente el respirador facial, que estaba fallando en su tarea básica, y le pegó un brutal tirón el cual lo partió con un desagradable chasquido de metal y hueso quebrado.

El desgarrador ramalazo de dolor lo hizo clavar las rodillas en tierra. Se rehízo con la fuerza de su Fe y la ardiente necesidad de cumplir su deber. Vio como la sangre salpicaba el suelo antes de que las heridas se cerraran de un modo casi automático, y el aire nuevo entraba por la carnosa y corroída área donde deberían haber estado las mandíbulas de un cráneo normal. Con un desagradable sonido de succión.

Poseído por la necesidad de cumplir su objetivo, saltó los últimos metros, entre guturales sonidos de esfuerzo. Finalmente llegaba al borde. Se arrojó al suelo y utilizando todo su cuerpo de palanca en un impulso

desesperado apoyó el cañón en el límite del saliente, mientras un bramido animal surgía de su interior. Tomó puntería y disparó inmediatamente una devastadora descarga.

Un segundo demasiado tarde.

Ya hacía tiempo que la batalla había levantado sus ecos por las calles destruidas y ennegrecidas de la ciudad muerta, pero el equipo de Petrus había estado ignorante a toda la función. Su misión era bastante diferente al resto de los guerreros que estaban combatiendo en esa masacre.

Petrus sabía que Balisto estaba haciendo de yunque, mientras ellos serían el martillo. Lo que ocurría es que la técnica se había mejorado hacia un yunque increíblemente resistente y un martillo contundente en extremo.

El equipo de su sargento debía intentar absorber el máximo de daño posible, y crear el mayor número de bajas enemigas. Suponían que Morton no se quedaría a la defensiva, por lo que emplearía también un ataque en pinza, lo que le conllevaría a lidiar contra dos frentes.

Lo bueno de combatir contra los dos frentes de la Azul era que si conseguían crear alguna baja en ambos, aunque significara la destrucción entera del primer grupo de combate de la Negra, implicaría que cualquiera de los dos grupos de los hombres de Morton sería más débil que la escuadra de Petrus.

Y si el ataque de Petrus era lo bastante severo, en la posición donde descansaba el objetivo de la misión, conseguirían imponerse.

Habrían sufrido más bajas, pero habrían *vencido*.

Sería un serio revés para su adversario. Así Balisto demostraría hasta qué punto estaban equivocados los principios de Morton. Lo importante cuando estaban en el combate cerrado era la consecución del objetivo. Exterminar al enemigo no debía ser la prioridad de un Adep-

tus Astartes. Su objetivo era siempre cumplir la misión que asestara una brutal puñalada en el corazón de las fuerzas hostiles, para que fuesen agonizando entre estertores.

Se fijó en el hermano Alio, que se encontraba a su lado, acunando a su rifle de plasma mientras miraba con su casco picudo por un resquicio de la roca fundida. Atento a cualquier movimiento. Aunque todavía estaban lejos de la posición enemiga. A su lado estaba el hermano Melanius, como siempre dispuesto al avance. Mantenía la culata de su bólter a la altura de su cintura, en la posición que le permitía avanzar a la carrera y poder disparar con precisión. A unos metros, siempre en la posición más avanzada, estaba el hermano Bael, apuntando con su bólter al cielo, mientras esperaba instrucciones.

En todas las Compañías siempre aparecía alguien como Bael. Un guerrero que estaba predestinado a alcanzar los mayores honores dentro del Capítulo, siempre que su humildad creciese a la par que su destreza. Petrus había visto como demasiados novatos prometedores caían por infravalorar el significado del combate en equipo, o por tasar en exceso alguna de sus características.

Bael era un caso excepcional. Destacaba en todos y cada uno de los campos del arte de la guerra. Una precisión de disparo superior a muchos de sus iguales. Una destreza en combate elegante y letal. Una matemática capacidad estratégica.

Pero un defecto, terriblemente común tanto en los novatos como en los veteranos. Pocos Ángeles Sangrientos tenían el don de la frialdad y la reflexión profunda en el fragor de la batalla. Aunque sabía que era ciertamente engrdeído por su parte, Petrus se enorgullecía de que en ese detalle fuese ampliamente superior al novato.

Quizá por eso encajaba plenamente con él, haciendo que la compenetración entre los hermanos de combate fuese máxima.

Elevó su mirada al cielo plomizo, que empezaba a encapotarse por momentos. El viento, arreciando con mayor fuerza, se filtraba por los escombros levantando olas de polvo muerto a su paso. Las condiciones

empeoraban por momentos. Ya apenas podía distinguir la Thunderhawk *Deber Ineludible* mientras realizaba su mecánica comprobación de perímetro. Lo cual era una ventaja. Debían empezar a moverse ahora.

Ordenó avanzar. Los cinco Ángeles Sangrientos se movieron como un solo hombre, tomando posiciones con cautela pero con determinación. Recorriendo los últimos metros que les llevarían al combate que resolvería finalmente su misión. Sin intercambiar una palabra. Con total confianza en su sincronizado progreso a través de las ruinas.

Llegaron al punto preciso. Se parapetaron con el mayor sigilo posible. La trinchera enemiga estaba a la vista.

La visión mejorada junto con la ampliación de los sensores de su servoarmadura le dieron a Petrus una nítida imagen de cómo el tirador rival descargaba su arma láser. Vio con una mueca cómo la armadura de Exterminador de su sargento, que avanzaba frontalmente por una zona descubierta recibía un impacto directo y salía despedida hacia atrás. Vio cómo Morton, que había llegado hasta su tirador, giraba la cabeza y los descubría, parapetados y acechantes.

No le dio tiempo a maldecir hasta que otro cañonazo láser, desde un ángulo más elevado, impactaba directamente al tirador de la Calavera Azul. Éste saltaba hacia detrás violentamente, arrastrando consigo a su sargento, para que ambos golpearan secamente contra el otro extremo de la barricada.

Bien hecho, Vaneo.

El primer grupo ya podía descansar. Su sacrificio era más que suficiente.

-¡Hermanos, desenfundad vuestras pistolas! ¡A la carga! ¡Por la sangre de Sanguinius!

El segundo grupo de combate de la Calavera Negra, entre un compendio de gritos y disparos, saltó de su barricada y se lanzó en un feroz asalto. Cada uno de sus miembros sintió la ardiente ira del legado de su sangre.

Les tocaba golpear. Y lo harían del modo más devastador posible.

Superviviente

El veterano Ángel Sangriento Vaneo tomó aire nuevamente mientras veía como los acontecimientos se desarrollaban ante sí.

Su disparo láser había alcanzado directamente a su objetivo. Además, aliándose con la suerte, había arrastrado al sargento de la escuadra rival. Si la simulación había sido correcta, probablemente había conseguido dos bajas. El orgullo de su certera descarga se empañaba con el recuerdo del impacto directo que había recibido el sargento de su escuadra. Aunque Balisto había decidido actuar de señuelo para permitirle abatir al tirador de la escuadra enemiga, y ahora podía finalmente descansar, Vaneo deseaba con toda su alma que no hubiese llegado a un punto irreversible en su abnegado esfuerzo. Pero ahora mismo lo único que podía hacer era rezar porque la tozudez y orgullo de ambos sargentos no hubiese desembocado en daños irreparables.

Vio con orgullo cómo el segundo grupo de la Primera Escuadra, comandados por el hermano Petrus, saltaba de una barricada y se abalanzaba furiosamente contra la posición enemiga. Tal y cómo habían sido comandados por el Sargento Balisto. El primer grupo de combate de la Calavera Negra estaba totalmente diezmado. Ahora eran ellos quienes debían terminar la tarea comenzada.

Cada respiración era un poco más pesada. Utilizó su mano para abrir la carne que se encontraba donde debía haber estado su zona maxilar y poder tomar más aire. El sonido de la respiración era repulsivamente profundo. La falta de hueso hacía que sus músculos faciales colgaran flácidos, haciendo que apenas pudiese parpadear. Sin la sujeción de su respirador, la carne insensible que le quedaba en la cara se balanceaba entre los dedos de su guantelete.

No se podía considerar ni tan siquiera como un superviviente del pri-

mer grupo. Era prácticamente una baja más. Imposibilitado para realizar ninguna otra acción. Con los enemigos fuera de su rango de disparo y su cuerpo y su armadura exhaustos para cargar con el pesado cañón hacia el combate, sin contar con que debía mantener su mano izquierda ocupada en la vital tarea de respirar.

Triste situación para un auténtico Adeptus Astartes de un Capítulo de Primera Fundación. Un titán entre los humanos, disponiendo de brutales mejoras genéticas y del armamento Imperial más avanzado. Vergonzosamente inútil en el campo de batalla.

Volvió su borrosa mirada a su diestra, por encima de su cañón láser. Localizó a la distancia la barricada que había defendido el hermano Eware, uno de los novatos del grupo. El marine descansaba acurrucado en la base de la defensa, mientras su bólter estaba en la cima. Estaba claro que había caído. Lo que no estaba claro era si había sido por las profundas heridas recibidas o por un nuevo asalto de las fuerzas rivales que les habían atacado al principio.

¡Un momento!

Con un espasmo, el Ángel Sangriento fue consciente de la situación. Maldijo para sí mientras daba cuenta de que había encadenado un error más. Tanta había sido su atención a la última orden que le había asignado su sargento que se había *olvidado* de sentir el resto del flujo de la batalla. Habían quedado fuerzas enemigas en esa posición. Y si habían asaltado la posición del hermano Eware, significaba que habían estado a tiro en algún momento.

Furiosamente subió su guantelete intentando ajustar su piel a sus ojos. Notaba pequeñas descargas de dolor donde aún conservaba cierta sensibilidad, pero las soportó hasta que consiguió aclarar su visión.

Como respondiendo a su atención, vio el movimiento de una servomadura carmesí pasando de una barricada a otra como una exhalación, todavía a una distancia segura para él.

Era lógico. Vaneo había estado visible ante las restantes unidades del grupo de combate rival, aunque fuera de alcance. Y estos habían

decidido acabar con él antes de prestar apoyo al resto de su escuadra. Un tirador con un arma de largo alcance en una posición elevada era siempre un gran riesgo. Y aunque su situación actual le daba ventaja sobre el asalto de los enemigos, el no saber exactamente ni cuántos eran ni dónde se encontraban equilibraba el fiel de la balanza.

Detuvo el movimiento que había lanzado para desenfundar su pistola. Estaban en una maldita simulación. No se fiaba de su visión en esos momentos, y había pensado que, aunque el enemigo se encontraba fuera del alcance de su pistola, la dispersión de los impactos sobre las barricadas le habría ayudado a valorar la distancia.

Con esfuerzo se apoyó de costado en el rocamiento, y movió el pesado cañón hasta dirigirlo hacia la siguiente abertura entre barricadas, por dónde debería pasar el enemigo en caso que continuara aproximándose. El arma, sostenida con un solo brazo, temblaba incontrolablemente. Algo totalmente inaceptable para un tirador. Vaneo se retorció para poder apoyarse mejor, y pudo levantar una rodilla. Fijando su pie firmemente en el suelo, cargó parte del peso del cañón sobre su greba derecha, allí donde aparecía la calavera sobre fondo negro que daba nombre a su Escuadra. Respirando guturalmente se concentró en la abertura que se había convertido en su objetivo. Movié la mano de su cara cuidadosamente para continuar respirando y no perder claridad de visión. La necesidad de supervivencia le agudizaba los sentidos y le ayudaba a estar alerta, aunque era consciente de su inevitable fracaso.

Pero ganaría tiempo. Mientras el resto de fuerzas de la Primera Escuadra, la Calavera Negra, arrasaba la posición enemiga, el inútil marine se encargaría de detener los refuerzos enemigos. Era lo único que podía hacer en esos momentos. Ofrecer su vida en el entrenamiento como un pequeño peso pasa desequilibrar el sino de la batalla.

El táctico era dolorosamente consciente que había llegado al ocaso de su vida como Marine Espacial. Había sido siempre un guerrero mediocre. Nunca había destacado en ningún campo en particular, salvo en una destreza en el disparo levemente superior a la media. Pero eso no adornaba su limitado potencial al lado de sus Hermanos. Mediocre en

fuerza y resistencia física. Mediocre en combate físico. Mediocre para la guerra en general.

Tan sólo se había conformado en seguir el camino de una tropa básica. Había atendido siempre las órdenes de sus superiores con máxima diligencia. Jamás había invertido su tiempo en comprender la táctica de la batalla. Nunca había reflexionado sobre las consecuencias de sus actos. Tan sólo había cumplido su obligación como una leal máquina. Cada vez con mayor dificultad. Cada vez con más heridas. Cada vez más débil.

Notó los segundos pasar mientras los ecos lejanos del combate por el objetivo de la misión se mezclaban con el creciente aullido de la ciudad desgarrada. Tensó los músculos levemente para evitar su adormecimiento. Mantuvo en todo momento su ojo derecho sobre el visor de su cañón láser. Tuvo que abrir unos milímetros su mano izquierda casi al comienzo de su tráquea para poder seguir respirando. Los ojos se le empañaron con lágrimas a raíz de ese movimiento, pero aclaró nuevamente su visión parpadeando furiosamente.

¿Qué pasaría si el enemigo ya lo había avistado? No disponía de capacidad de movimiento para esquivar un ataque en el puente derruido donde se encontraba. Estar totalmente cubierto ante la posición que había asaltado el grupo de Petrus le dejaba expuesto a ataques laterales.

En ese momento, vio a la servoarmadura enemiga cruzar la abertura. Desvió en una décima de segundo el cañón los milímetros suficientes para recortar la distancia a su objetivo.

Disparó.

Sin ver la simulación del disparo, y equilibrando eficientemente el duro retroceso, supo inmediatamente que había acertado.

Por lo tanto, se sorprendió cuando en marine de la Calavera Azul se levantó detrás de la barricada y abrió fuego sobre su posición. Fuera de rango para el bólter, pero aprovechando el tiempo de recarga del cañón láser.

Se recostó lo máximo posible de modo inconsciente, evitando así el

impacto de balas perdidas. Perdiendo toda posibilidad de contraatacar. Asombrado y estupefacto. La ira y la desazón por un nuevo error en su cometido, junto con la incompreensión de lo que estaba ocurriendo, le quemaban en el pecho.

-Quieto, Hermano.

Vaneo giró su cabeza a la base de la pasarela. Vio a un componente de la Calavera Azul, a una decena de metros, apuntándole con una pistola bólter en su mano izquierda. Portaba también un rifle de fusión, pero éste apuntaba al cielo plomizo. Lo reconoció al instante. El Hermano Nolial.

-Esto ha terminado, Señor. -La voz surgía por los dispositivos del joven Ángel Sangriento. -No hay necesidad de dispararle. Tan sólo simularemos su baja, mientras tenga su palabra que no tomará ninguna otra acción en este entrenamiento.

Eres estúpido, pensó Vaneo para sí. Por algún motivo, el joven Nolial, componente de la Segunda Escuadra, había invertido la mayor cantidad posible de tiempo para estar al lado suyo. Había tenido que soportar sus charlas interminables mientras Vaneo le había respondido con metálicos monosílabos.

Por eso no comprendía la situación. Había *intuido* que el novato sentía admiración por él, lo cual le resultaba patético. Él era de todo menos un maldito modelo a seguir. No había conseguido ni tan siquiera una hazaña de la cual sentirse orgulloso. Había perdido la cuenta de su edad. Había olvidado cualquier rastro de su vida antes de convertirse en un Hijo de Sanguinius. Hasta había olvidado muchas de sus batallas y de sus camaradas.

Era tan sólo un soldado gris que nadie recordaría. Ni tan sólo él se preocupaba de recordar aquello que le había pasado. ¿Cuándo había ascendido a portar la sagrada servoarmadura? ¿Cómo había combatido en la Tercera Compañía? ¿Cuándo había sido *degradado* a tareas de preparación de iniciados? Pero cuando el novato sentaba a su lado para contarle los sueños que seguro todos tenían sobre el combate, sobre el

futuro, sobre la vida, Vaneo había visto la chispa de la admiración en sus ojos. En un guerrero totalmente opuesto a lo que él había sido.

–Por favor, Señor. –Repitió Nolial conciliadoramente, bajando lentamente su arma. –Veo que necesita su mano para respirar. Si le disparo y entra en letargo, puede ser peligroso. Dejémoslo como que ha sido una baja.

¿Qué le quedaría después?, pensó Vaneo. Cuando ya no valiera ni tan siquiera para una Compañía de Reserva, ¿qué harían? ¿Le asignarían nuevamente a una Compañía activa, esperando su muerte o que cayese en la Rabia Negra? Los Lobos Espaciales sacrificaban a sus hermanos que estaban impedidos para evitar males mayores. Pero él era un Ángel Sangriento. No le relevarían de las obligaciones del Capítulo con tanta *facilidad*. Y eso podría poner en peligro la vida de otros hermanos.

No era extraño que aconteciesen bajas en los entrenamientos. Los Hijos de Sanguinius lo consideraban justo. Alguien lo bastante débil no era bueno para la batalla real. Pero era diferente el pensar en un novato débil que en un veterano débil. Ahí estaba equivocada la percepción.

Sus juramentos al Capítulo habían sido una carga cada vez más pesada. Las heridas se habían acumulado en él. El constante pelear lo había dejado exhausto. Quizá había llegado el momento de descansar. Y, francamente, le alegraría si fuese por mano de Nolial. Dentro de su gris vida, había sido de los pocos hermanos de armas a los que habría llamado *amigo*.

Podría forzar el disparo de su adversario. Si los restantes sistemas de soporte vital de su servoarmadura se confundían con las instrucciones de la *Búsqueda de la Fe*, podría finalmente descansar. Tranquilamente. No gracias a un disparo enemigo. No gracias a un error propio. En el seno del Capítulo que había sido su vida y su familia durante su existencia.

Decidió que antes de partir le enseñaría una última lección. Sería su memento a un igual. Quizá no cambiara la rebeldía de Nolial. Puede que no curara su obsesión por la velocidad para entrar en combate,

repercutiendo en pequeñas variaciones en su servoarmadura. Pero le enseñaría una verdad inevitable de la batalla.

La duda podía llevar a la muerte.

Con un bramido, despidiéndose de la su propia condena, Vaneo levantó con velocidad el pesado cañón láser a una mano. Su mano izquierda salió con un chasquido de su calavera, y antes de que su propia carne cegara su visión, ya había desenfundado su pistola y había apuntado a la posición que ocupaba Nolial.

Pero éste había bajado su rifle de fusión.

Y había disparado antes que Vaneo hubiese presionado el gatillo.

Asalto

Las poderosas armaduras blindadas recorrieron los metros como una exhalación. Desgarraban el aire cargado de polvo con fiereza. Las decididas zancadas tronaban junto con el liberador sonido de las descargas. Ambas fuerzas desencadenaban toda su potencia de fuego, mientras sus corazones golpeaban roja sangre hirviendo en su interior. Los gritos de ira reverberaban dentro de los cascos sellados y eran reproducidos al exterior.

Petrus comandaba el ataque. A su diestra avanzaba Melanius. A su siniestra Bael. En segunda línea, el portador del rifle de fusión, Alio, acompañaba al novato Nuau. Un avance compacto y decidido. El tantas veces temido asalto de Ángeles Sangrientos.

El aullido de la ciudad descuartizada aumentó hasta un furioso rugido. El viento hacía pequeños remolinos, levantando la tierra y apagando todavía más la poca luz que filtraba el cielo encapotado. Los primeros nubarrones mostraban pequeños brillos, relampagueando levemente mientras acumulaban la energía para desatar la tormenta. Aportando su propia violencia natural a la cólera que exudaban los poderosos guerreros.

En la barricada, el Sargento Morton yacía bajo el cuerpo laxo del tirador láser. Mientras Petrus descargaba su ronco grito de guerra, y su poderosa coraza hendía el iracundo ambiente, dedicó un instante para analizar la situación. El líder rival sufriría intensos daños, tanto por el impacto del arma pesada de Vaneo como por la brutal sacudida que le había propiciado su propio hombre.

Pero el resto de la Segunda Escuadra estaba viva. Replegándose rápidamente hacia la posición que estaba siendo atacada como un solo hombre. Aun sin liderato, los Adeptus Astartes estaban actuando del

modo más apropiado.

Petrus sabía que no podían perder la ventaja del asalto junto con el acertado disparo láser de Vaneo. Tardó un latido de sus modificados corazones en decidir la estrategia. Y otro en enviar las órdenes básicas a sus hombres, por rápidos gestos de sus brazos.

Aunque sabía que cuando un Ángel Sangriento cargaba, era extremadamente difícil poder ordenarle nada más hasta que el combate hubiese finalizado.

Aún así, comandó al hermano Melanius que disparara al enemigo en la posición más elevada. Éste se desvió hacia la derecha. El portador del rifle de fusión lo siguió.

Otro gesto hizo que el hermano Bael también se escorara hacia su lado. Lanzado como una fiera mientras descargaba las últimas municiones de su bólder. Disparando a una mano a la carrera. Desenfundando su cuchillo de combate con la zurda. El sistema de entrenamiento al cual estaban sometidas las servoarmaduras no reconocía los daños infringidos en combate físico. Utilizar un arma de combate cuerpo a cuerpo no estaba *permitido*. Pero su adversario era el iracundo Selus, que ya había saltado la barricada, ignorando los disparos enemigos, y se abalanzaba furiosamente contra su enemigo con la espada sierra de su sargento hendiendo el aire.

El veterano Petrus no interfirió en el choque que se avecinaba entre ambos tácticos. Aunque se vanagloriara de poseer una mentalidad fría en el combate, en el fragor del asalto que definiría el entrenamiento no contendría a uno de sus hombres. Que combatesen con honor hasta que su corazón estuviese satisfecho.

Se concentró en su propio adversario. Fintó una ráfaga enemiga. Gracias a sus años de entrenamiento pudo continuar su carrera mientras recargaba su pistola. Y la *enfundó*. Sabía que Aramio no soportaría más tiempo detrás de la barricada. Y así fue. Su enemigo saltó la protección y se lanzó contra él.

Finalmente Petrus se dejó llevar por la adrenalina. Rugió mientras

embestía brutalmente a su adversario.

Vaneo cayó hacia atrás, mientras su pistola bólder volaba por el aire y caía lejos de su alcance. El dolor en su hombro izquierdo era intenso, pero no sentía el resto de su brazo. Tuvo que cerciorarse mediante su visión desenfocada que el impacto de fusión no le había arrancado realmente el miembro.

La carne de su rostro cubría su vía de respiración. El aire entraba y salía entre intermitentes silbidos. Levantó su mirada al marine frente a él.

Nolial había bajado el rifle de fusión hasta la altura de su cintura, para ejecutar un disparo preciso en extremo. De haber sido real, además de su brazo habría fundido parte de la izquierda de su tronco. Pero no hubiese sido mortal de modo inmediato.

Aun asfixiándose, Vaneo soltó su arma láser reticentemente e introdujo su mano derecha hasta el principio de su tráquea. Tomando aire lentamente, tuvo la necesidad de hacer algo que le resultaba imposible.

Sonreír.

-Lo siento, Señor. -Dijo Nuctus.

Petrus golpeó fuertemente el casco de Aramio con el codo. Éste le respondió con un seco puñetazo en la zona abdominal. Las servoarmaduras creaban una cantidad de daño similar al que absorbían, por lo que el intercambio de golpes a manos desnudas no se decidiría con facilidad.

Y Petrus no dejaría que el resto de la Segunda pudiese venir a ayudar. Debían asegurar la posición antes.

Blocó otro puñetazo de su adversario con la muñeca, haciendo resbalar su propio brazo y aprovechando la inercia para asestar un

severo impacto en la zona del cuello del adversario, menos protegida. Pero Aramio se revolvió en el último instante y con su mano libre desvió el golpe.

La inercia hizo que Petrus arrancara una de tantas bolsas de munición que llevaba el otro táctico sujetas a la armadura. Los cargadores se esparcieron por el suelo entre pequeñas nubes de polvo. Pero durante un instante pudo comprobar que no estaban *vacíos*.

Aramio llevaba toda la servoarmadura parcheada con munición y granadas. Por lo visto no se sentía cómodo si no llevaba proyectiles auténticos. Aunque hubiese utilizado religiosamente cargadores vacíos en el entrenamiento, Petrus sintió la imperiosa necesidad de acabar su duelo. ¿Qué ocurriría si desprendía una granada real?

Sabía lo que debía hacer. Lo único que necesitaba era *cumplirlo*. Y necesitaba algo de espacio.

Abrió su defensa conscientemente. Recibió varios golpes sobre la ceramita que cubría su pecho, que arrancaron chispas doradas. Dejándose caer hacia atrás, golpeó la rodilla de su adversario con una dura patada, impidiéndole su avance durante las décimas de segundo necesarias.

Mientras caía de espaldas, desenfundó su pistola como una exhalación. Antes que su generador dorsal golpeará en el suelo, ya había descerrajado tres disparos en el cuello de Aramio.

El Ángel Sangriento de la Calavera Negra, el hermano Alio, ignoró la lluvia de disparos que caían desde la posición enemiga más elevada, mientras mantenía el rifle de plasma pegado al pecho.

Melanius corría delante de él, aullando y zizageando. El tirador enemigo no podría ser fácilmente asaltado, así que tendrían que abatirlo. Y la cobertura favorecía al adversario.

El tirador de plasma tenía una memoria fotográfica para los nombres,

caras e incluso servoarmaduras. Así que sabía que el integrante de la Calavera Azul que les estaba disparando era el hermano Griph, uno de los novatos.

Aunque las balas no entendían de rangos. Había visto auténticos titanes del combate caer ante un disparo desafortunado. Además, había hecho volar temibles vehículos enemigos teniendo paciencia de apuntar exactamente donde el plasma haría su función.

La paciencia debía ser la mayor virtud del guerrero. Disparar solamente cuando el daño fuese máximo. Golpear para matar con celeridad. Era de estúpidos el *disfrutar* del combate. Tan sólo había que arrebatar el máximo número de vidas del modo más eficiente posible. Todo lo demás eran autocomplacencias y apuestas sobre la propia supervivencia.

Y cuando un Adeptus Astartes hacía del plasma su modo de combate, sabía que en cada disparo jugaba con su propia vida.

Notó el sonido del leve chasquido entre la cacofonía reinante. Sin parar de correr, sabía ya de su victoria. El enemigo tenía que recargar. Y tan sólo tenía un sitio por dónde disparar.

El veterano Ángel Sangriento resbaló con la inercia de la carrera y quedó con una rodilla clavada en tierra. Apuntó cuidadosamente a la abertura por donde Griph aparecería. La distancia era óptima, la visión perfecta. La probabilidad de fallo era nula.

Por su visión periférica vio que Melanius no detenía su carrera, y empezaba a trepar hacia la posición enemiga. Aullando nuevamente. También sin munición. El polvo inconsistente desaparecía para mostrar afiladas aristas metálicas. Pero Melanius continuaba avanzando alocadamente, haciendo saltar chispas de su coraza carmesí.

–¡Quieto, hermano! –Gritó Alio.

Melanius ya no le escuchaba. Continuaba trepando engullido por la peligrosa locura de la sed de sangre. Alcanzando la barricada enemiga, utilizó ambas manos para saltarla profiriendo un brutal rugido. En ese instante, Griph se levantó y le disparó a bocajarro en el casco. Una ráfaga completa de bólter a unos pocos centímetros. El cabeza de Melanius

se echó bruscamente hacia atrás. El marine se desprendió de la barricada, cayendo a plomo toda la bajada, mientras sus manos en forma de garra intentaban alcanzar el cielo de Sartos IV.

Alio se dio cuenta que no había disparado. La experiencia le había impedido apretar el gatillo cuando había un hermano de armas cerca. Y ahora había perdido gran parte de su ventaja.

Griph reparó en él. Excitado por su atronador éxito, gritó y lanzó su bólter lejos, mientras desenfundaba su pistola y saltaba lejos de la barricada como un vendaval.

La experiencia de Alio le dijo una cosa más. Para impactar con seguridad hay que intuir dónde se va a encontrar el enemigo. Y cuando el enemigo va por el aire, no tiene manera de cambiar su rumbo.

Recortó la distancia para disparar al tronco de su adversario. Griph gritó al recibir el impacto y cayó como un fardo al suelo.

El marine táctico Dilen, del segundo grupo de combate de la Calavera Azul apareció detrás de Nolial. Era aquel al que Vaneo no había impactado con su descarga láser. Conforme tuvo visión directa, disparó su bólter en dirección al herido tirador de la Primera Escuadra.

– ¡Alto el fuego, Dilen! –Rugió Nolial.

El interpelado detuvo su acción inmediatamente. No es que Nolial tuviese un rango superior al suyo, pero la orden clamaba ser ejecutada inmediatamente.

– ¿Por qué no debo disparar a un enemigo? –Respondió intentando restaurar su orgullo herido por haber acatado una orden de un igual de modo automático.

–Nuestro enemigo ya está eliminado. Es suficiente. Debemos volver a la posición del sargento.

Vaneo, impotentemente recostado mientras soportaba el dolor, vio

los trazos inconfundibles de un líder potencial en Nolial. La seguridad en sus palabras y la incontestable creencia de que estaba realizando la acción correcta. Lo cual asombraba todavía más al veterano tirador. El joven era totalmente opuesto a él en todos los aspectos posibles.

Pero su sorpresa se tornó en amargura cuando vio aparecer a otro superviviente de la Azul. Cuando había defendido su posición y había disparado hacia las barricadas enemigas, había supuesto que tan sólo venía una única unidad enemiga. Y finalmente resultaba que tan sólo se había percatado de Dilen. Nolial había sido más rápido y el otro táctico más lento en su avance.

Estaba claro que seguía siendo un peligro para sus propios camaradas. Había *obviado* dos enemigos. Algo que se podría haber tornado en imperdonable en una batalla real.

–¿Tú entiendes esto, Wighs? –Preguntó Dilen en un tono sarcástico.
– ¿Un hermano de batalla que nos pida clemencia de un enemigo?... Me resulta patético.

El hermano Wighs no respondió. Por lo poco que lo conocía Vaneo, parecía un guerrero bastante parco en palabras. Nolial seguía dándole la espalda.

–Debemos apoyar a nuestro sargento en el mínimo tiempo. Saldremos inmediatamente hacia la barricada. La primera fuerza de combate enemiga ha sido eliminada. –Dijo Nolial sin girarse.

–¡Por supuesto que no! –Chilló Dilen temblando con furia –Nuestro sargento nos ha pedido exterminar a las fuerzas enemigas. ¡Y por el Emperador en su Trono Dorado juro que lo haré!

–Las fuerzas enemigas han sido eliminadas, Dilen. Nuestro adversario ya no puede moverse. Estamos malgastando tiempo. –Respondió Nolial.

–¿Pero qué estás diciendo, Nolial? ¿Piensas dejar a un enemigo con vida? ¿Quién te da derecho a poder decidirlo? –Dilen rugía las palabras. Cambió el cargador de su bólter y lo amartilló. Apuntó a Vaneo. –Toda esta conversación está grabada. Ya veremos que opina nuestro sargento

de esta traición ...

El movimiento fue veloz. El cañón del rifle de fusión apareció a escasos milímetros de los visores de Dilen.

–Estás muerto, Dilen. –Nolial no había girado su cuerpo. Había apuntado echando el brazo hacia atrás, y miraba al otro Astartes por encima del hombro. –Si este entrenamiento hubiese sido real, estarías despedazado en las trincheras. Por el disparo del hermano Vaneo. –La ira por la desafortunada selección de palabras de Dilen era patente en la voz de Nolial. –Cuando un buen tirador ejecuta un disparo a larga distancia, apunta por delante de su objetivo, previendo el tiempo de recorrido del proyectil. El hermano Vaneo disparó a la barricada, justo después del agujero. Un cañonazo láser real hubiese destrozado esa parte más débil de la cobertura y te habría atravesado de parte a parte. Pero la simulación nunca atraviesa coberturas. Así que, quieras o no, estás *muerto*.

Vaneo se notó sorprendido. Mudo testigo del duelo de voluntades que estaba viendo ante sí. Además que supo que el Ángel Sangriento tenía razón. Había recortado la distancia a su objetivo. Así que, realmente, no debería haber *fallado*. Una pequeña llama de satisfacción titiló en su interior.

–Así que preguntaremos a nuestro sargento si esta estúpida pérdida de tiempo es más importante que mi atención a un hermano del Capítulo herido. –Sentenció Nolial secamente.

Los dos marines continuaron congelados en su posición. Dilen con su bólter apuntando a Vaneo y Nolial con su rifle de fusión sobre el casco de Dilen. El orgullo de éste último había sido herido nuevamente. No resultaría fácil que echara marcha atrás.

Finalmente, Wighs se movió. Se acercó a sus hermanos y agarró las dos armas, una con cada mano. Sin esfuerzo aparente, obligó a los tensos brazos que las sostenían a que apuntaran al cielo.

–Vamos. –Dijo.

Entonces oyeron un fuerte bramido y las explosiones de varias granadas.

Preludio

El Crucero de Asalto *Letanía de Sangre* se mantenía orbitalmente fijado sobre la ciudad sin nombre del planeta Sartos IV. La magnífica fortaleza voladora continuaba prestando toda su atención al furioso combate entre hermanos. Al cruel enfrentamiento entre Adeptus Astartes.

El Capitán Lariel Heat, recostado en su Trono de Mando y envuelto en su capa negra, reconocía que estaba disfrutando. Se intentaba convencer que el deleite que sentía por la cantidad de detalles que le estaban mostrando sus dos primeras escuadras tácticas era una sensación positiva, algo de lo que sentirse orgulloso como líder de la fuerza de combate de los Ángeles Sangrientos. Aunque muy profundamente, una voz oculta le confesaba que su fascinación estaba en gran parte motivada por la sangre que corría por sus venas.

La demoledora carga del segundo grupo de combate de la Primera Escuadra había hecho vibrar el alma de los Ángeles Sangrientos de la Cúpula de Mando. La liberadora carrera, la tangible sensación del asalto, el entrechocar de las armas, de los puños. El cautivador despliegue de furia animal. La inigualable excitación de estar vivo.

Todos los guerreros que circundaban la Mesa de Mando estaban en un estado de total atención. El Sacerdote Sangriento, Sammael, había interrumpido su movimiento con el exanguinador cuando había volcado el total de su atención a las imágenes holográficas. El único ojo humano del Tecnomarine Marcus estaba fijo, reflejando los cambios de iluminación de las pantallas. Sobre el rostro inmóvil del Bibliotecario Lartos danzaban sombras, creadas por la vela casi consumida, próxima a su extinción. Incluso el Capellán Gorian Anderson parecía estar absorto en las pantallas, con un extraño gesto impreso en su rostro. Una mezcla entre un insano disfrute con una media sonrisa y una degustación de rabia con una mueca depredadora.

Todos los músculos genéticamente modificados estaban tensos debajo de las planchas de ceramita y metales entrelazados de las servoarmaduras. Todos los ojos mejorados absorbían con avidez la información de las pantallas danzantes. Todos los cerebros impregnados de ritos, entrenamiento y creencia en su Capítulo recibían ingentes dosis de adrenalina.

Era inevitable.

Los Ángeles Sangrientos anhelaban *disfrutar* del combate.

Petrus dejó de disparar, sintiendo cierta extrañeza al no ver el humo danzar desde el cañón de su arma. Vio como su adversario, Aramio, caía hacia atrás con las manos agarrándose el cuello de modo mecánico. No dudó. Se incorporó como una exhalación. Apuntó nuevamente en una décima de segundo.

Vació el resto del cargador sobre los puntos más expuestos de la coraza de su adversario. Recargó por otro cargador vacío. Volvió a agotar la munición. Recargó nuevamente.

Su adversario, Aramio, había dejado de sufrir espasmos *La Búsqueda de la Fe* lo había eliminado del entrenamiento.

Levantó entonces la mirada. Barrió con la vista el resto del combate que le rodeaba. Los visores internos de su casco le mostraron una gran cantidad de información. Le tomó tan sólo un par de segundos el comprender la situación. Comprobó que Melanius había caído, aunque se habían llevado a uno de la Calavera Azul con él. El hermano Alio se estaba replegando hacia su posición.

Con sorpresa, vio cómo Bael continuaba peleando cuerpo a cuerpo contra Selus. Se intercambiaban golpes feroces, pero que eran capaces de bloquear casi siempre. Obviamente, el hermano de la Calavera Negra tenía mayor técnica, ya que estaba pudiendo manejar un combate cerra-

do contra una espada sierra con un vulgar machete de campaña.

En cambio, Nuau, el más novato del grupo, se mantenía unos pocos metros por detrás de los dos combatientes. Estaba sentado con el generador dorsal apoyado en una roca. El cuerpo estaba laxo. El casco miraba al cielo. Una profunda muesca cruzaba su pecho diagonalmente. Aunque la *Búsqueda de la Fe* no debería gestionar los impactos físicos, la cantidad de daño recibida por un ataque de Selus lo había eliminado.

Petrus apretó los dientes. El novato sufriría una llamada de atención por ése error. En la guerra, confiabas tu vida a tus hermanos cuando entrabas en el satisfactorio combate cuerpo a cuerpo. Y ellos te confiaban la *suya*. Era inadmisibile que con ventaja numérica y teniendo el asalto a favor hubiese sido neutralizado tan rápidamente.

Mascullando una imprecación, comprobó que Alio ya había llegado a su posición. Ya había dos componentes de la Calavera Negra dentro del cráter. Petrus ya había tenido bastante del táctico de la Calavera Azul que quedaba en pie. Comandó al tirador de plasma que disparase a Selus.

Alio clavó una rodilla en tierra. Tomó puntería.

Petrus se concentró en el combate que estaba viendo.

Golpeo incesante. Las armas se encontraban una y otra vez.

Petrus levantó su mano derecha con dos dedos extendidos. Esperó a que hubiese algo de distancia entre ambos guerreros para intentar no dañar a su hermano.

Estocada. Finta. Puñetazo.

El tiempo que estaba consumiendo para desarrollar la acción le parecía una eternidad, aunque no habían pasado ni diez segundos estándar desde que se había levantado del suelo después de abatir al hermano Aramio.

Bael resbaló. El golpe de la espada sierra de Selus lanzó su cuchillo de combate lejos. El último superviviente de la Calavera Azul levantó la espada con las dos manos. Profiriendo un aullido animal. Saboreando la

victoria.

Finalmente había distancia suficiente entre ellos.

Petrus nunca llegó a bajar su brazo. Alio nunca llegó a disparar. Ambos Ángeles Sangrientos se congelaron durante una milésima de segundo ante un atronador bramido animal proveniente de su costado. Tiempo suficiente para ser arrollados por el cuerpo inerte de un hermano de armas.

El tirador láser de la Primera Escuadra, la Calavera Negra, volvía a estar solo. No sentía su brazo izquierdo. Un intenso dolor le desgarraba el costado. Tenía que usar su diestra para poder abrir la carne muerta de su zona maxilar y poder respirar.

Y había dejado marchar a tres componentes de la Calavera Azul.

¿Qué habían sido las explosiones que había escuchado? Era *imposible* ese sonido. Estaba prohibido el usar granadas en el entrenamiento. Aún así, conociendo algunos componentes de la Segunda Escuadra, entre ellos a su sargento, no le extrañaba que hubiesen utilizado métodos poco ortodoxos.

De todos modos, estaba exhausto. Las preocupaciones iban desapareciendo poco a poco. Arrastrándole a una anómala sensación de tranquilidad. Su mirada vagaba por la cima de las ruinas que componían la castigada orografía urbana. La vista desenfocada le hacía verlo todo como un dibujo bidimensional, sobre un oscuro lienzo grisáceo. Descoronadores esqueletos de la ciudad sobre la traslúcida promesa de tormenta.

Pendones raídos, meciéndose al compás del inclemente viento. Edificaciones irregulares, parcialmente derruidas. Ventanas rotas. Minaretes destruidos. Columnas y arcos arrumbados ilógicamente. Muerte, desolación y olvido filtrándose por cada estructura.

Entre todo el vasto amasijo de elementos, algo llamó su atención. Algo estaba *mal* en lo que estaba observando.

La sensación de desasosiego empezó a crecer rápidamente.

Cuando supo de qué se trataba, sufrió un espasmo agónico.

Escudriñó el entorno *sabiendo* lo que buscaba.

Ahí estaba.

Supo que no podía hacer nada. Era inevitable.

No se dio cuenta que se había incorporado.

No se dio cuenta que estaba gritando.

Animal. Irracional. Monstruoso. Violento. Feroz. Salvaje.

Ningún adjetivo hacía justicia a la última visión del hermano Petrus antes de ser arrastrado por el cuerpo del tirador láser de la Segunda Escuadra.

Sus años de experiencia habían visto explosiones descontroladas de ira, tanto en aliados como en enemigos. Había visto, sin querer fijarse en exceso, el inhumano combate de la Compañía de la Muerte. Insalvables bestias condenadas, desgarrando el mismo tejido de la razón en busca de la entrañas del enemigo. Eléctricamente danzando la oscura melodía de la más salvaje de las masacres.

Aunque esa sensación de cruel locura quedaba empujándose ante el instante en que había visto al Sargento Morton incorporarse con el rostro desencajado, gritando como una demoníaca pesadilla. Levantando con ambos brazos el cuerpo del hermano Iland y lanzándolo sobre ellos. Liberando el máximo odio que contenía un corazón humano.

Después las granadas habían explotado por todos lados, lanzándolos más lejos, envueltos en nubes de barro y polvo. Por lo visto, acto seguido, el sargento rival había arrancado varias del cuerpo inerte de Aramio

y las había utilizado de un modo *real*.

Petrus sonrió debajo de su casco carmesí. No le reprochaba nada a Morton. No había seguido las normas, pero había demostrado la increíble capacidad de un Ángel Sangriento. Y eso le resultaba admirable.

En la guerra, tan sólo el tesón y la fe tenían valor. No existían otras *normas*.

Dejando que el polvo se posara, Petrus comprobó que sus hombres estaban con él.

Bael apuntaba al cielo con su bólter. Varias raspaduras nuevas decoraban su coraza roja y negra. Contra todo pronóstico, se había deshecho de Selus. Probablemente, éste último se había desconcentrado al ver renacer a su sargento. Aunque Petrus no había visto el desenlace del combate, sabía que Bael se había visto arrastrado por la peligrosa rabia que afloraba a veces en los Ángeles Sangrientos. Selus descansaba como un muñeco de trapo. La espada sierra que había empuñado estaba profundamente clavada en el suelo. A escasos centímetros de su casco.

Por otro lado, Alio mostraba zonas oscurecidas en los antebrazos, hombreras y la parte derecha de su casco picudo. Había absorbido la mayor cantidad de onda expansiva de las explosiones. Pero no estaba herido de modo real. Afortunadamente, la poderosa armadura de los Astartes podía soportar un castigo extremo.

Petrus apenas prestaba atención al constante flujo de datos que fluctuaban en sus visores. Como bien había intuido, él tampoco sufría daños en su eficiente coraza. Así que los tres supervivientes de la Calavera Negra podían defenderse al máximo de sus posibilidades. Tomó un instante para ordenar sus pensamientos. Distribuyó a sus hombres para poder defender el cráter del modo más eficiente siendo tan pocas unidades. Los guerreros acataron sus órdenes rápidamente.

Finalmente, Petrus tomó aire lentamente. No dejó de mirar en derredor. Exhaló lentamente. No perdió ni un ápice de atención sobre sus sensores. Volvió a tomar aire lentamente, y cuando sus pulmones modificados estuvieron totalmente repletos, un profundo grito, creciendo

hasta un aullido, surgió de su garganta. Arrojando la tensión excedente del asalto. Los otros dos Astartes le imitaron.

Habían conseguido controlar la barricada. La imagen de Sanguinius, evocando una pulida estatua del venerado Primarca, les miraba confiadamente. Y sus hijos gritaban con ira. Gritaban por la victoria. Gritaban conteniendo el oscuro deseo de haber visto sangre caer al suelo.

El cielo se unió al grito. Relampagueó intensamente. Tronó con fuerza. Las primeras gotas de lluvia cayeron. Danzando caprichosamente. Cabalgando sobre el viento inclemente.

Quizás se estaba limpiando el escenario.

Los acontecimientos se desarrollaban inevitablemente.

Pronto se llenaría de sangre.

Epílogo

El mecanizado servidor se acercó rodando sobre sus orugas magnéticas al Adeptus Astartes con las hombreras negras y las dos gotas amarillas, símbolo perteneciente a un sargento de la Sexta Compañía de los Ángeles Sangrientos. Este se mantenía de espaldas, con el refulgente casco amarillo bajo el brazo, mirando al techo.

Junto a él, en posición de firmes, se encontraban otros nueve marines espaciales. Las voluminosas armaduras tácticas, del color de la sangre, destacaban enormemente sobre el aséptico color gris azulado que prevalecía en la bahía de despegue. Cientos de planchas superpuestas conformaban las gruesas paredes, combinando materiales para diferentes propósitos: antiperforantes, ignífugos, resistentes al frío espacial o valiosos componentes aislantes a ciertos peligros de la disformidad, apoyando el campo Geller de la nave.

La amplia sala tenía más de una veintena de metros de alto, por varios centenares de ancho. Estando preparada para el lanzamiento de las Cañoneras Thunderhawk, estaba desprovista de columnas en su interior, mejorando así la maniobrabilidad de las naves de asalto por las diferentes pistas, delimitadas por pequeñas luces que recorrían cientos de metros. Debido a que había dos bahías iguales a cada extremo de la *Letanía de Sangre*, cada una de ellas contenía un par de Thunderhawks. Las voluminosas Cañoneras permanecían ancladas a enormes planchas metálicas, las cuales recorrían las pistas hasta la zona de “salto espacial”, punto donde el cual la nave de asalto soltaba mecánicamente tanto los cientos de nervios mecánicos como los gruesos anclajes, y se movía por sí misma, una vez que estaba encarada ante los resistentes portones triples que las separaban del vacío espacial.

La poderosa cimentación estructural de la sala descansaba sobre los robustos pilares, de varios metros de ancho, cincelados con símbolos

de adoración al Ommissiah. Por motivos lógicos, éstos se apoyaban en las paredes blindadas, creciendo y ramificándose hasta convertirse en poderosos nervios que cruzaban la parte superior del hangar. Dando una visión de sala abovedada, con multitud de pequeñas cúpulas, las gruesas partes finales de los pilares descansaban finalmente sobre varias piezas clave. Gigantescos bloques negros, fijados tanto por las lógicas fuerzas físicas como por varios miles de remaches, sujeciones y anclajes. Cada una de las piezas clave contenía una inscripción diferente, en color blanco ribeteada de dorado. Claramente visible desde el suelo por los ojos mejorados de un Adeptus Astartes.

–“Deja que la justicia guíe tu espada”- Leyó el Sargento mientras miraba la pesada pieza clave que se mostraba sobre sí. Pensaba que, ante un fallo de los generadores artificiales de gravedad, las gigantes piezas se podrían *descolocar* fácilmente al no disponer de su sujeción física. Si el generador volvía a funcionar de modo inmediato, varias toneladas de material blindado caerían en la posición que ahora mismo ocupaba. Media sonrisa cruzaba su cara.

- Sargento Artio Bellum, los preparativos están listos. –Dijo el servidor, haciendo chasquear los servofrenos de sus orugas al llegar a su posición y mirando al suelo.

Ni tan siquiera su poderoso retroreactor, acoplado a su espalda, le permitiría evitar la pesada pieza con garantías, si ésta finalmente se desprendiese, pensó el Sargento absorto en el bloque que pendía sobre su cabeza, y que ahora le parecía levemente amenazador. Lógicamente, tampoco podría frenar el impacto de ningún modo ¡Por el Emperador! Ni una armadura de exterminador podría.

–Disculpe, señor. El transporte le espera. –Insistió el servidor, levantado la mirada para encontrarse con el cabello rubio y ensortijado de la nuca del sargento. Éste seguía mirando el techo.

Disparar estaba fuera de toda lógica. Como marine de asalto, disponía de una pistola bólder. Era imposible que pudiese atravesar la pieza, la cual ya le empezaba a parecer con amplias posibilidades de desprender-

se de un momento a otro. Aunque había estado fijada durante varios milenios a su posición, el Sargento cerró instintivamente su Puño de Combate, aunque sabía que ni con él podría evitar la muerte si la pieza, como parecía que ocurriría de modo *inmediato*, se terminaba soltando.

El ruido de los motores de la Cañonera rebotó por el hangar. El Sargento Artio Bellum volvió al mundo que le rodeaba. Vio como la otra escuadra de asalto, comandada por el Sargento Cyrius Oaz empezaba a embarcar. Las luces de la plancha de lanzamiento titilaban, indicando el inminente despegue. Miró nuevamente la pieza que se encontraba pendiente a veinte metros sobre él, y se movió varios pasos hacia su derecha sin dejar de observarla. Cuando se sintió fuera del rango de impacto del pesado bloque, miró a sus hombres y les ordenó que embarcaran en la Cañonera de un modo autoritario.

El servidor vio como el Sargento, que se había separado unos metros de él, se disponía a seguir a sus hombres. Pero, inesperadamente, se giró nuevamente para lanzar una última mirada hacia el techo del hangar. En ése momento reparó en el servidor, clavando en él sus intensos ojos azules. Éste se sorprendió al ver que el Adeptus Astartes se volvía completamente hacia él.

-Yo de ti no me quedaría ahí.- Le gritó el Sargento para hacerse oír por encima del sonido de la Cañonera, mientras señalaba con un dedo extendido hacia un punto del techo y trazaba una línea imaginaria hacia el servidor. Acto seguido, se giró y aceleró el paso para alcanzar a sus hombres.

El servidor parpadeó varias veces, sin moverse un milímetro. Después suspiró profundamente. Finalmente, se alejó rápidamente a la zona segura, antes que el hangar sufriera la descompresión para enviar la Thunderhawk fuera del Crucero de Batalla.

Sobre la Mesa de Mando titilaban únicamente ocho pantallas, en un

patrón desordenado. Una por cada superviviente del entrenamiento.

El Capitán Lariel Heat estaba complacido. Tocando una combinación entre las runas que aparecían en el robusto posabrazos de piedra de su Trono de Mano, las pantallas se reordenaron en dos columnas con cuatro de ellas en cada una. A la izquierda, la Calavera Negra, defendiendo la barricada al lado de la Estatua del Alado. Dirigidos por Petrus, con Bael armado con el sagrado bólter y Alio como artillero de plasma. La cuarta pantalla pertenecía a Vaneo, el tirador láser. Lariel Heat lo consideró eliminado a efectos del entrenamiento, y respondiendo ante la presión de la runa adecuada, su pantalla se deshizo entre neblina vercosa. En la columna de la derecha aparecían los Astartes supervivientes de la Calavera Azul. Reunidos y acechando entre los edificios retorcidos para dar lugar al apocalipsis final. La visión algo desenfocada del ojo biónico del Sargento Morton Leen, los tácticos Dilen y Wighs armados de modo estándar y, finalmente, Nolial portando el rifle de fusión que había herido tanto al sargento como al tirador láser rival.

Ahora comenzaba aquello por lo que había estado esperando durante todo el entrenamiento. Siempre había disfrutado con la eliminación, enfrentando a sus propios hombres en números iguales, para ver cómo, poco a poco, iban quedando menos de ellos. Le resultaba cautivadora la azarosa casualidad que envolvía a la guerra. La caprichosa matemática que hacía que los robustos cálculos se convirtieran en frágiles posibilidades. Acontecía que los más preparados se equiparaban a los menos duchos. Para la desgracia del guerrero, la destreza sin par era muchas veces superada por la más pequeña brizna de suerte.

El combate iba limando dramáticamente el número de sus hombres. Y ahora se encontraban en la mejor situación para terminar de un modo glorioso el entrenamiento que había sido el centro de su atención durante las últimas noventa horas estándar. Había estado preparando todo el despliegue al milímetro. Y había conseguido aunar los movimientos de preparación de terreno, de acondicionamiento de sus hombres y de despliegue de tropas de un modo perfecto.

Y finalmente, se acercaba el clímax. La Calavera Negra era la Escuadra

más ducha en el arte del disparo de toda la Compañía. La Calavera Azul la más fiera de los tácticos. La Primera defendería en con menor número de efectivos. La Segunda tendría que asaltar, absorbiendo el fuego enemigo. Afortunadamente para la expectación, cada una estaba en la posición en la que mejor se desenvolvía.

Si los hombres de Morton conseguían trabarse en combate cuerpo a cuerpo, su probabilidad de victoria crecería enormemente. Si, en cambio, Petrus y sus hombres conseguían abortar el asalto de sus rivales con sus armas, los dejarían lo suficientemente mermados como para que ya fuese imposible el poder conseguir el objetivo.

El Capitán Lariel Heat estaba tan absorto en las pantallas que no reparó en el estremecimiento que recorrió al Señor Bendon al comprobar ciertos datos en el Círculo de Mando. El oficial con el rango de Señor de la Nave, tan impoluto como tranquilo, miró con cierto desasosiego al Capitán. Un instante después desvió la mirada al Capellán. Comprobó que el Astartes de servoarmadura negra le miraba fijamente con sus ojos grises. Sonreía. Y asentía imperceptiblemente.

El Señor Bendon se giró y dudó. Finalmente, notando la punzante mirada del Capellán a su espalda, ejecutó la orden.

Sigmund Leech se encontraba de pie ante el impío altar. Los huesos, limpios de carne, se cruzaban de modo imposible creando una fantasmagórica figura, que jugaba con las sombras que se repartían por la sala. Entre los múltiples despojos humanos, se hallaban enterrados diversos monitores, junto con complicados sistemas de comunicación y presentación holográfica. Todo el sagrario conjuntaba dantesca herejía y control sobre las tropas, que preparaban su brutal cometido.

La gruesa piedra de la pared, oscura y enmohecida, se encontraba apilada eficazmente, dándole a la amplia sala fortificada una forma circular. Repartidos equitativamente, pegados a la pared, ocho pies de bronce

mantenían un candelabro de ocho gruesas velas cada uno, las cuales se derretían lentamente, creando una alargada llama anaranjada y mezclando su olor suave con el punzante deje de humedad que habitaba en la sala. El suelo, adoquinado por piezas menores que la pared, permanecía húmedo por la filtración de agua. Un círculo estaba dibujado sobre él, ocupando casi todo el diámetro de la sala. Pintado en un sospechoso color ocre, su centro era diametralmente atravesado por cuatro flechas. Finalmente, el techo de la sala estaba cubierto por ferrocristal blindado, filtrando la grisácea luz del cielo. Y dejando ver al único ocupante de la sala cómo el agua de la lluvia se iba desplazando por él, hasta desaparecer por los extremos con un apagado murmullo.

Pero Sigmund Leech mantenía su atención en otro objeto mucho máspreciado para él. Mientras la maldita lluvia intermitente del planeta aparecía por enésima vez, sus ojos recorrían el auténtico motivo de su pasión.

Los guanteletes blindados de su armadura, gruesos y eficientes, descansaban en el suelo, a los pies del altar, donde los huesos principales de la estructura habían sido fijados entre los adoquines, junto con los primeros cráneos recolectados. Con ellos puestos, Sigmund Leech no podía sentir del mismo modo el tacto de su arma. La excitante alma oculta en el mortal metal.

Sus ojos oscuros se deslizaron con lujuria por el filo azulado de la espada. Su mano diestra disfrutó del furtivo sonido que producían las tiras de piel enlazada del mango al ser apretadas. No pudo evitar el rozar las yemas de los dedos de su mano izquierda por la perfecta hoja, que brillaba de modo casi sobrenatural. Llegando al punto donde la curvatura se pronunciaba para definir la incisiva punta, puso suavemente los dedos sobre el filo. Apoyó deliberadamente el pulgar sobre la parte roma de la espada, y apretó suavemente. Con el aliento entrecortado por la excitación, notó con la facilidad que su propia carne se separaba ante el tímido ataque del metal. La sangre, deliciosamente roja, empezó a resbalar por el filo, en un tembloroso avance.

Separando la mano herida, que se curó casi al instante, hendió el aire

con un furioso tajo. El sonido húmedo fue casi imperceptible, pero Sigmund comprobó que el arma se había deshecho de la sangre que había mancillado su filo casi divino. Un brutal relámpago cruzó el cielo, y la espada le mostró los pocos restos que manchaban su superficie.

El guerrero cogió una tela, fina y delicada como ninguna de las que había encontrado en su dilatada existencia, y limpió con complacencia el arma. Lentamente. Cuidadosamente. Una y otra vez. Sus ojos rasgados, intensos y oscuros, volvían a recorrer con deleite la noble e impoluta hoja.

Pero aunque su concentración cuando comulgaba con su espada era máxima, esta vez algo no le permitía disfrutar plenamente.

¿Cuándo le avisarían que todo estaba listo? ¿Cuándo pensaba esa rata de Adenis dar su primer paso? ¿Cuándo iban a poder desatar el infierno, una vez más? Los valiosos gusanos del Gran Farsante estaban en la palma de su mano. Tan sólo tenía que cerrarla rápida y decididamente, para que su sangre rezumara entre sus dedos.

Sigmund continuó limpiando la espada. Le relajó el pensar que, el día menos pensado, atravesaría la garganta de su *igual*, Adenis Ministeral. Algún día, esa escurridiza serpiente sabría que ya no le quedaban trucos a emplear, y sucumbiría de modo humillante ante el poder sin igual de Sigmund.

La única puerta de la sala fue golpeada desde fuera. Bastante menos ceremoniosamente de lo que era común. Sigmund mostró sus dientes al herético altar de huesos humanos, en una mueca que hubiese hecho temblar a cualquier perro Imperial. El golpeteo se repitió incesantemente. Sigmund se giró, empuñando su espada.

–Adelante. –Masculló.

–¿Qué significa esto?! –Gritó Lariel Heat, al ver las otras veinte ho-

lopantallas aparecer de golpe sobre la Mesa de Mando. Miró fijamente al Señor Bendon. El severo oficial aguantó su mirada heroicamente, aunque su rostro, levemente iluminado por tonos verdosos, se volvía pálido por momentos.

Incluso los servidores, que continuaban su interminable danza controlando y revisando los aspectos más secundarios del la *Letanía de Sangre* redujeron sensiblemente su velocidad. La ira flotaba en el ambiente.

–La Cañonera Thunderhawk *Reina de Justicia* ha entrado en la atmósfera de Sartos IV, Señor. –Dijo el Señor Bendon con voz neutral.

–Repetiré mi pregunta una vez más, Señor Bendon. ¿Por qué demonios ha salido una Cañonera de esta nave con dos malditas escuadras de asalto en ella? –La ira en la voz del Capitán Lariel Heat era tangible. Se agarraba a ambos posabrazos del Trono de Mando con fuerza. El Señor Bendon se sorprendió al sentirse atemorizado como la presa que ve al depredador enfrente suya, con todos los músculos tensos para ejecutar su mortal salto. Un nudo se estaba formando en su garganta. Miró furtivamente al perpetrador de la estrategia. Éste sonreía y no parecía dispuesto a enfrentarse al Capitán. Al menos mientras pudiese evitarlo.

–Hermano Capellán Gorian Anderson, ¿puede explicar algo de esto? –Rugió el Capitán, que había seguido la dirección de la mirada del Señor Bendon, y ahora clavaba sus ojos azules como zafiros en la nuca del Adeptus Astartes.

–Puedo, Lariel. –Dijo Gorian volviéndose y mostrándole una sonrisa divertida.

–Puedo, *Hermano Capitán*. –Corrigió Lariel subiendo todavía más el tono.

–De acuerdo, *Hermano Capitán*. –Los ojos grises del Capellán brillaban a la par que sus dientes blancos. ¿Le estaba resultando *divertido*?

–Como bien ha notado, antes me he ausentado. He tomado ese tiempo para preparar tácticamente a la Quinta y Sexta escuadra, la Cruz Negra y la Cruz Azul, para que tomen posiciones y apoyen a las Calaveras de mismo color.

Lariel Heat se mantuvo en silencio, pero su rostro era una máscara de auténtico estupor. Una vena palpitaba peligrosamente en su cuello. El resto de la Cúpula de Mando de los Ángeles Sangrientos estaba callada, atendiendo el duelo de voluntades ante sí. El Capellán mantuvo la tensión un instante, y cuando vio que el Capitán tomaba aire lentamente para contestar, le soltó el detonante definitivo.

–Ya que no he podido evitar el notar lo importantes que son estos entrenamientos para usted, Hermano Capitán, he pensado que sería un detalle interesante el añadir dos escuadras más, en este caso de asalto con retrorreactores, al combate. – Tanto el rostro como el tono de voz del Capellán irradiaban inocencia. –Así podremos disfrutar de un combate más intenso y menos táctico, ¿verdad?

El recién ascendido Capitán de la Sexta Compañía de Ángeles Sangrientos, Lariel Heat, notó que se le había abierto la boca inconscientemente. La cerró con un chasquido. Se levantó del Trono de Mando y extendió un dedo hacia el Capellán. Gesticuló mientras las palabras se atoraban en su garganta. Más venas palpitaban intensamente sobre su cuello.

–Además, tan sólo llevan munición real, así que no podrán disparar cuando estén en el radio de acción de la *Búsqueda de la Fe*. Tan sólo podrán defenderse en combate físico. –Continuó el Capellán Gorian, añadiendo con una sonrisa un nuevo bidón de piropetróleo a un fuego ya incontrolable.

El Señor Bendon pensó que el Capitán iba a saltar sobre el Capellán. La intensidad de los ojos azules parecía capaz de rasgar el mismo tejido del alma de un hombre. No pudo encontrar ánimo para decir que las tropas habían saltado de la Thunderhawk y ya se encontraban en la superficie, mientras la Cañonera volvía a las entrañas de la *Letanía de Sangre*.

– ¿No estás de acuerdo en que es una buena sorpresa, *Lariel*? –Dijo el Capellán, con una beatífica sonrisa recorriéndole el rostro.

Lariel Heat estalló.

Aunque en el Puente de Mando tan sólo se escucharon las primeras imprecaciones, blasfemias y herejías.

Porque en ese momento la Muerte llamó a la puerta de los Ángeles Sangrientos.

Dos acólitos. Siempre tenían que ser dos cuando se referían a la gestión de iniciativas bélicas. El azaroso devenir de las circunstancias había dejado tanto a Sigmund como a Adenis en un rango *igual*. Y tanto las tropas que los habían acompañado en la invasión como las ingentes cantidades de refuerzos que se habían conseguido del planeta habían aprendido rápidamente una lección.

Elige un bando y tendrás amigos y enemigos. No elijas ninguno y tendrás tan sólo enemigos.

Por tanto, los dos acólitos, humanos normales vestidos con ropajes menos harapientos que el grueso de las tropas, y envueltos en el jubón característico de su cargo, con el rostro tapado por la capucha, tenían el rol de mensajeros. Siendo dos, y cada uno de ellos alineado con un bando, era más difícil que ciertas órdenes se tergiversaran u olvidaran. Una estrategia que se había mostrado eficaz en extremo.

Los dos hombres entraron en la sala. Las llamas de las velas danzaron con el suave viento que se coló por la puerta, junto con el húmedo aroma de la lluvia.

–Mi Señor, Lord Sigmund Leech, le traemos noticias urgentes del campo de batalla. –Empezó a decir el más alto de los dos.

–Habla. –La poderosa voz de Sigmund rebotó por la estancia. El hombre más pequeño temblaba.

–El enemigo está desembarcando más tropas. Una nueva Cañonera Thunderhawk ha entrado en la zona de la ciudad y ha enviado una veintena de unidades retropropulsadas, Señor. Lord Adenis desea

saber cuánto tiempo se precisa para preparar la salva que elimine la nave de los Adoradores del Dios Cadáver. Todo parece indicar que nos han descubierto.

Sigmund se giró hacia el altar. Comprobó la información. Si no detenían a los perros leales, el asalto al convoy sartosiano podría verse seriamente comprometido. Sus dientes rechinaron conforme recordó el cómo Adenis le había recomendado la función de derribar el Crucero de Asalto, mientras él se encargaba de las Cañoneras que aparecieran. “Será un gran honor el aniquilar a cientos de poderosos enemigos de un solo golpe, Lord Sigmund. Para mí sólo quedará el dudoso honor de abatir alguna nave de transporte. Pero me parece que, debido a mi falta de destreza, es la *responsabilidad* más adecuada para mí.”

Si los estúpidos imperiales desembarcaban en su totalidad, estarían en serios problemas. De los dos bandos enemigos, no podían permitir que se reforzara el más débil. Y más aún cuando éste era su única fuente de armamento y *carne*. Malditos Ángeles Sangrientos. Ojalá las bestias de la disformidad arrancaran sus almas y las atormentaran durante la eternidad. Ojalá pudiera atravesar sus corazones con su espada, y poder beber su *pura* sangre hasta dejarlos como podridos cascarones secos.

Se acercó un poco más a las pantallas. El sistema *Decatium Defendum* no estaba todavía alineado. La energía tampoco estaba totalmente cargada. Pero no podía permitirse el lujo de tener que admitir el fracaso ante su odiado igual. Apretó unas runas

Con unos desagradables chasquidos casi orgánicos, el foco holográfico parpadeó y lanzó una imagen distorsionada de un guerrero casi tan grande como el mismo Sigmund, y con una armadura similar. Éste se mantenía de espaldas, ordenando e imprecando a figuras fuera de la zona holográfica.

–Warren. –Bramó Sigmund.

El interpelado apenas pudo disimular el escalofrío que había atravesado su ser, mientras sus movimientos se congelaban. Se giró rápidamente hacia su superior. El casco deformado evitaba ver sus rasgos.

–Vivo para servirlos, Señor. –Contestó.

–Dispara el sistema defensivo ahora. –Ordenó Sigmund.

El tal Warren se mostró claramente sorprendido. Tardó un segundo en evaluar opciones, y finalmente contestó apresuradamente.

–Señor, no todos los cañones están alineados. La energía tampoco está aislada en los contenedores estancos. Algunos de ellos podrían estallar, por lo que...

–Warren, dispara el sistema defensivo AHORA. –Gritó Sigmund Leech. La espada, con un escalofriante zumbido, hendió el aire por donde se encontraba su cuello holográfico. La cabeza de Warren se difuminó, mientras sus manos subían mecánicamente hacia su cuello. El encargado del disparo había sentido, incluso en la distancia, la increíble cantidad de ira letal que había emanado de su superior.

–Como deseéis, Señor. –Dijo la versión holográficamente decapitada de Warren.

Mientras el foco holográfico se apagaba, un salmo herético, proveniente del impío altar, empezó a sonar fuertemente, haciendo vibrar los pies de bronce de la sala. Las sombras danzaron frenéticamente, sumándose a la repentina locura. Los dos mensajeros dieron un respingo. El ambiente de la sala había cambiado aterradoramente. La sensación de opresión era insostenible. Era el comienzo de la batalla, donde la demencia se asomaba burlonamente por el extremo más débil de la consciencia.

El más pequeño de ellos, que no había podido parar de temblar durante todo el tiempo, vio como el guerrero, con la centelleante espada azul en la mano, se giraba hacia ellos. Su rostro, severo y arrugado, mostraba hondas cicatrices por todas partes. Su pelo gris caía en melena hasta sus hombreras blindadas. Los ojos eran negros y se clavaban en él atravesándole el alma.

Mientras el titán daba un nuevo paso hacia ellos, el mensajero vio como las sombras de las llamas jugaban sobre su servoarmadura. Al igual que Lord Adenis Ministral, aunque de diferente procedencia,

Lord Sigmund Leech era un Adeptus Astartes Traidor. Había traicionado todo aquello a lo que había servido hacía más de medio milenio. Aunque su coraza se hallaba consecuentemente profanada, mantenía una leve reminiscencia del color que había defendido en su época como leal. Había pasado del blanco impoluto a una tonalidad parecida al hueso podrido. El símbolo de su Capítulo se hallaba totalmente demacrado, aunque levemente reconocible, como un ardiente deseo de ridiculizar a aquellos todavía seguían sus enseñanzas. Entre la profanación y la ominosa estrella de ocho puntas, se entreveía una forma geométrica amarillenta. Y quizás un rayo carmesí sobre ella.

–Y ahora le llevarás este mensaje a esa serpiente de Adenis. –Dijo Sigmund dirigiéndose directamente al mensajero más pequeño. Éste notó cómo había perdido el control de su vejiga. –Le dirás que mi parte está realizada y que mis guerreros asaltarán al convoy. Le dirás que si sus hombres no cumplen su cometido, iré *personalmente* a pedirle explicaciones.

La cara de Sigmund se desfiguró con una sonrisa enferma, lo que causó un espasmo en los dos hombres que había ante sí. Ahora Adenis era quien podía fallar. Cuando los cañones del *Decatium Defendum* cantaran su siniestra melodía, los perros leales que no hubiesen desembarcado se convertirían en polvo espacial. Pero el podrido bastardo de su igual todavía tendría que abatir las Cañoneras y replegarse al asalto del convoy.

–Y le dirás que los perros del Emperador son MÍOS. SU SANGRE Y SUS ALMAS–Gritó nuevamente el Astartes corrupto, justo en el momento que el herético salmo subía de intensidad hasta taladrar los oídos de los mensajeros. Siguiendo una invisible danza, arropada por las aterradoras sombras, y con un furioso movimiento, la espada se deslizó horizontalmente a casi un metro de ellos. El mensajero más pequeño cayó al suelo, con un sonido húmedo al aterrizar sobre sus propios excrementos.

Un grito de horror surgió cuando la capucha de su vestimenta cayó en su regazo, junto con un copioso mechón de su cabello. Se tocó la cabeza y vio cómo su temblorosa mano se mostraba llena de sangre. Se

giró hacia su compañero, que permanecía estoicamente de pie. Gritó nuevamente cuando vio que las cuencas oculares de su acompañante estaban vacías, mientras el denso líquido de sus ojos resbalaba por su nariz y mejillas. Acto seguido, como desprendiéndose grotescamente de un casco protector, la mitad superior de su cráneo se deslizó hacia atrás, desgajándose de su cuerpo. Cayendo al suelo secamente. Mostrando el *cerebro* aplastado por el golpe.

El vómito atoró las vías respiratorias del superviviente. Tosió mientras vomitaba sobre sí mismo, sentado en el charco creado por sus propias heces. Entre los espasmos, levantó la vista y vio como el implacable general daba un nuevo paso hacia él. La espada refulgía. Así que se retorció, luchando por mantener la poca cordura que le quedaba, y salió medio erguido medio gateando de la sala, vomitando y llorando.

Cuando había avanzado unos pocos metros, el atronador bramido del sistema de defensa *Decatium Defendum* lanzando su brutal andanada le golpeó como una maza. Cayó al suelo y se quedó en posición fetal.

El artillero láser de la Primera Escuadra no vio el despliegue de marines de asalto desde su posición. Sus ojos continuaban fijos en las posiciones que contenían armamento enemigo oculto.

Vio con desesperación cómo aparecían las densas columnas de luz desde ciertos edificios repartidos por la castigada faz de la ciudad maldita. Vio cómo ascendían, convergiendo unas sobre otras, entre el vapor que generaban por su contacto con la lluvia, cada vez más densa.

El atronador sonido enmascaraba el rápido tableteo que se escuchaba desde unas pocas torres, que parecían más robustas que las demás. Las balas de alto calibre eran invisibles. Las trazadoras desgarraban el cielo gris. Pero casi todas impactaban sobre la Cañonera *Deber Ineludible*, que ya caía en picado, envuelta en llamas.

Probablemente el enemigo sin identificar había eliminado a la *Letanía*

de Sangre, junto con el resto de tropas de apoyo y a toda la Cúpula de mando. Un nudo enfermizo se formó en su estómago.

Y ellos no tenían ni tan siquiera munición para vengar a sus hermanos.

El Ángel Sangriento, de coraza carmesí, cayó de rodillas sobre el barro cada vez más tierno.

Su brazo izquierdo estaba laxo.

Su brazo derecho estaba dentro de su cara, permitiéndole respirar.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Pero su corazón tan sólo palpitaba odio.

Y venganza.